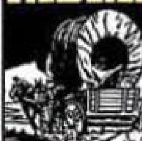
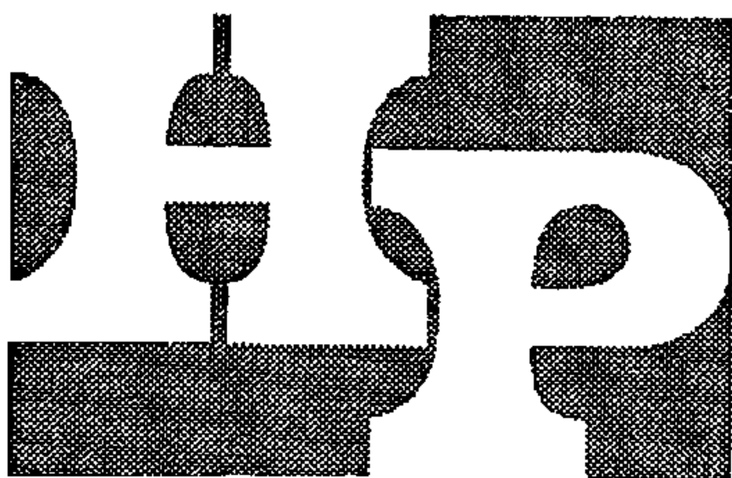
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA



Silver Kane

Aquí matamos todos





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

AQUI MATAMOS TODOS

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 433
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B 5737-1978

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: abril, 1978

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Paréis del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

—Amigo —le dijo Turpin, entrando en la barbería—, yo lo siento mucho, pero las cosas se están poniendo mal para usted.

Bannion adivinó que le hablaban a él.

Había otros seis hombres en la barbería, pero sólo a él se le ponían las cosas mal en Den ver desde hacía un tiempo.

Desvió la mirada. No pudo mover la cabeza porque la navaja barbera estaba terminando de pasar por su cuello, y ése es un instante en la vida de un hombre en que no se permiten bromas.

—¿Es a mí?

Turpin avanzó cadenciosamente.

—Sí, Bannion, a usted. Y crea que lo siento.

—No me va a decir que le resulto simpático.

—En el fondo, sí. No es mal chico.

—Bueno, ¿y qué pasa?

—Hay dos buitres que le están buscando.

—¿Por dónde?

—Hum… Por ahí. No van a tardar ni dos minutos en acercarse por la barbería.

Bannion hizo un gesto con la derecha, indicando que aquello no tenía demasiada importancia.

—Bah… Tonterías.

—¿Sabe quiénes son? —preguntó Turpin.

—Claro que no. Ni idea… Pero serán dos imbéciles, supongo.

—Son los hermanos Evans.

La navaja que terminaba de afeitar a Bannion se alzó en el aire y empezó a temblar allí. Menos mal que no había empezado a temblar un poco más abajo, porque en ese caso degüella al cliente. Los otros tipos que estaban aguardando turno en la barbería se dispusieron a

ocultarse bajo los asientos. Un vejete que fumaba una pipa se dirigió dando saltitos hacia la puerta.

—Eh, abuelo…, ¿adónde vas?

—A comprarme un lazo negro. Llevaré luto por Bannion, ¿sabéis? El chico me caía simpático.

Y salió.

Bannion no hizo ningún gesto.

Ni siquiera indicó al barbero que se diese prisa.

—Aféitame con tranquilidad —dijo—. No quiero que me entierren hecho un adefesio.

Turpin advirtió:

—Oye, ésos no gastan bromas. Si te atrapan sentado en esa silla no te van a dejar defenderte. Te balearán aquí mismo.

Bannion movió la mano que tenía debajo de la toalla blanca.

Y en ella apareció un revólver.

—Lo tenía aquí desde que he empezado a afeitarme —dijo.

—¿Por qué? ¿Desconfiabas de alguno de nosotros?

—No. Sólo lo he hecho para disparar en cuanto el barbero empezara a hablarme de su suegra.

Se limpió bien la cara con el paño, puesto que ya habían terminado de afeitarle, y colocó el revólver en la funda.

Miró en torno suyo.

Diablos, ¿qué había pasado?

No se veía a ningún cliente.

Ni a ningún barbero.

Hasta Turpin había desaparecido.

De pronto la puertecilla que había a la izquierda estalló. El pequeño cuartito donde los barberos guardaban sus cosas fue incapaz de resistir la presión de tanta gente como se había escondido en él. El vejete de la pipa fue el primero en salir disparado. Los demás rodaron por el suelo cuando la puerta se hizo astillas.

Bannion ni los miró.

Sus oídos, su atención, estaban pendientes de otra cosa.

Se escuchaban unos ruidos pausados y rítmicos, los ruidos causados por dos hombres que pisaban fuerte, al caminar por el porche.

Bueno, allí estaban los Evans.

Durante dos años había pensado que no volverían a encontrarse. Pero quizá, después de todo, el Oeste resultaba pequeño, a pesar de su inmensa amplitud.

No había sitio para los tres.

Sin duda le buscaban, pero aún no podían imaginar que estuviese en la barbería.

Bannion salió de repente.

Los vio en el porche, apenas a once pasos.

Los Evans también le vieron a él. Pero el único gesto que hicieron fue el de detenerse poco a poco.

No se parecían en nada, pues si uno era un tipo nórdico el otro era un clásico tipo mexicano.

Eran hijos del mismo padre, pero de distinta madre.

Y tal como había sido un mujeriego su progenitor, por lo menos habría en el Oeste otras dos docenas de Evans, cada uno con distinta cara.

Bannion murmuró:

—¿Me buscabais?

—Vaya… —sonrió el de la derecha—. Si está aquí nuestro amigo…

—No me diréis que os sorprende.

—Hombre, sí… Sorprendernos, sí. No creíamos que aparecieras tú solo. Pensábamos tener que buscarte en algún sitio.

—Por ejemplo debajo de una cama —remachó el otro.

Bannion alzó un poco las manos.

—Más os valdría haberlo olvidado, muchachos.

—¿Olvidar qué…?

—Lo que sucedió. Aquel lío que tuvimos hace dos años.

—Nos cazaste porque daban mil por la cabeza de cada uno —dijo el mexicano—. ¿Qué hubiera sucedido si no llegamos a largarnos a tiempo?

—Pues… supongo que os hubieran ahorcado. Y el Oeste estaría un poco más limpio en estos momentos.

El nórdico masculló:

—Nosotros nunca olvidamos una jugada de esa clase.

—Cada uno se gana la vida como puede —dijo Bannion.

—¿Sabes lo que ofrecen ahora por nosotros?

—No.

—Dos mil por cada uno.

—Hum… Habéis subido mucho de categoría.

—Esta vez te vas a tragar el dinero, muchacho.

—Yo no os he buscado —dijo Bannion—. Durante dos años os he dejado en paz. No me interesabais. Y a vosotros os hubiera convenido más olvidaros de aquel incidente.

—Nosotros nunca olvidamos, Bannion.

—Ni yo escupo sobre el dinero cuando me lo ponen en la mano. Diablos… No pensaba en los cuatro mil dólares, os lo prometo. Pero ya que habéis venido…

Los dos Evans se habían separado levemente.

Estaban seguros de vencer.

—¡«Saca»! —gritó uno de ellos—. ¡«Saca», perro!

Bannion no se hizo repetir la orden.

Se iba a jugar la vida en décimas de segundo. Se pegó materialmente a la pared que había a su derecha, mientras disparaba de costado.

Una expresión de asombro se dibujó en los rostros de los dos hermanastros Evans.

En dos años Bannion había aprendido una nueva técnica.

El nórdico cayó con la cabeza atravesada, mientras que el de aspecto mexicano recibió en el brazo derecho la bala que iba destinada a su corazón.

Uno cayó pesadamente. El otro se estremeció, mientras lanzaba un grito de dolor y soltaba el revólver.

Bannion sopló en el cañón.

El otro estaba derrotado ante él, sin fuerzas ni para moverse.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó—. ¿Vas a liquidarme ahora?

—Yo no mato a los paralíticos, amigo.

—Significo dos mil dólares.

Bannion no contestó.

Sujetó por el cuello de la camisa al último de los Evans y lo introdujo en la barbería, sentándolo en el sillón que él mismo ocupara poco antes.

No se veía a nadie allí, o mejor dicho, se veían las piernas y las cabezas. Todo el mundo se había escondido debajo de las sillas.

—Eh… ¡Pete! —llamó Bannion.

El barbero salió de debajo de uno de los sillones, riendo

azorradamente, como el que acaba de enterarse de lo que pasa.

—Hola, Bannion. ¿Qué? ¿A afeitarse?

—Oye, idiota, me acabas de afeitar.

—No se preocupe; entonces me afeitaré yo mismo.

—Lo que quiero es que cures a éste. Tiene una herida en el brazo, pero no es del todo grave. Lo pones en condiciones y luego lo sueltas.

Evans farfulló:

—¿Está loco?

—¿Por qué había de estarlo?

—Te he dicho que significo dos mil dólares…

—No contaba con ellos, de modo que te los puedes meter en las narices. Yo ahora no trabajo por menos de diez mil.

—¿Y… mi hermano?

—Lo entierras con dignidad y te largas. Y óyeme bien, Evans… Si vuelvo a verte con un revólver en la mano, te liquidaré. No vuelvas a aparecer nunca más por donde yo esté, ¿comprendido? Eso es todo.

Y salió de la barbería.

Un momento después todo el mundo, incluido el vejete de la pipa, volvía a estar en sus asientos esperando turno.

Bannion se dirigió hacia la oficina del *sheriff*.

No dirigió ni una sola mirada al cadáver tendido en el porche.

Suponía que el *sheriff* habría oído los disparos, pero que llegaría tarde, como siempre.

En efecto, le vio llegar corriendo.

Vio a Bannion y ya imaginó lo que había ocurrido. Lo único que preguntó fue:

—¿Cuánto?

—Esta vez no hay nada, amigo.

—¿A quién has matado?

—A los Evans.

—¡Pues esos dos tipos significan cuatro mil dólares!

—No los voy a cobrar. No pensaba en ellos.

El *sheriff* lanzó un gruñido.

—Oye, Bannion, tú y yo tenemos un trato.

—Lo sé.

—Pero te lo voy a repetir, por si lo has olvidado. Yo no me meto

con los fulanos que valgan más de mil dólares, y te dejo el campo libre a ti. Tú los apiolas y luego nos repartimos las ganancias. ¿Eh? ¿Es eso?

Bannion se limitó a decir:

—Ujú.

—Pues yo aquí tenía derecho a cobrar algo.

—Haz un arreglo con el Evans que queda vivo. Lo están curando en la barbería. Presentas tú al muerto, cobras los dos mil machacantes y le das mil a él.

—¿Y por qué le voy a dar a ese granuja mil pavos?

—Porque es una especie de herencia, hombre. Y también porque así tendrá una oportunidad de rehacer su vida.

—Hum… Mil dólares… Ahora ya no hay quien respete a la justicia —masculló el *sheriff*.

Pero se largó dispuesto a cobrar su parte.

Bannion ya no tenía que informar a nadie de lo sucedido, de modo que fue a echar un trago.

Lo necesitaba.

Empezaba a hacer calor en Denver, y el sol picaba a aquella hora.

El *saloon* donde servían la mejor cerveza de la ciudad, y por tanto el sitio al que se dirigió Bannion, estaba junto a los locales del único periódico del Territorio de Colorado. El periódico se titulaba *El Eco del Colt* porque cada vez que moría un pistolero famoso organizaba una edición especial.

El director salía corriendo en aquel instante.

Había «olido» la pólvora, es decir la noticia.

Casi tropezó con Bannion.

—Hola, muchacho.

—Hola, dire.

—No me digas que has sido tú.

—Hombre, como decir… Yo no digo nada.

—¿A quién te has cargado?

—A uno de los Evans.

—¡No me digas!

—¿Qué? ¿Digo o no digo?

—Sí, dime, dime… ¿Y el otro?

—Está herido.

—Voy a hacer un gran reportaje enseguida. Oye, quiero que me concedas una entrevista especial.

—No tengo tiempo ahora, dire.

—Si contestas a mis preguntas, yo te explicaré a cambio algo que te interesará.

—¿Qué es?

—Custer se ha fugado.

Bannion parpadeó.

Ésa fue la única reacción que se produjo en él, lo que ya era mucho en una cara tan impasible como la suya.

Se notaba que estaba asombrado.

—Pero si lo habían metido en la prisión de Sonora, que es la más segura… —balbució.

—Sí… Pero las autoridades hicieron mal en concederle la extradición a México. Aquí lo hubieran colgado, mientras que allí sólo lo condenaron a cadena perpetua. Luego, con unos meses de tiempo, se soborna a un par de carceleros, se unta la mano del jefe de la prisión y…

Bannion volvió a parpadear.

—¿Por dónde anda? —murmuró.

—Se dice que por Carson City.

—¿Y cuánto ofrecen por él?

—Eso es lo que te interesa, ¿eh?

—Eso es lo que me interesa —confirmó Bannion.

—Pues agárrate. Ahí va el notición.

—¡Suéltelo de una vez!

—Pagan diez mil machacantes por su cabeza. Los pagan entre el Gobierno de este país y el mexicano. Y en monedas de oro.

Bannion produjo un crujido con sus nudillos.

—Diez mil… —musitó.

—Nunca has cobrado tanto, ¿eh?

—Nunca.

—Pero tampoco te has enfrentado a un tipo como Custer. —El premio bien vale la pena— dijo Bannion.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Bannion hizo que crujieran sus nudillos otra vez.

—¿Y lo pregunta, dire? ¿A qué hora sale la primera diligencia para Carson City…?

Capítulo II

El vehículo traqueteaba por una pista desigual, llena de piedras. Estaban llegando a Bonner.

Bonner era una casa de postas con un par de edificios al lado, y un poco más allá un hotel. Y un poco más allá una casa de bebidas. Y un poco más allá un garito donde era posible encontrar un tapete verde, un mazo de naipes y hasta alguna mujer. Y un poco más allá un cementerio.

Bonner no hubiera pasado de ser un punto insignificante en el mapa de Colorado a no encontrarse en un estratégico cruce de caminos, donde confluían varias líneas de diligencias.

Por eso allí se cambiaban los caballos y conductores y pasajeros se tomaban un descanso.

La diligencia que conducía a Bannion disminuyó su marcha al acercarse a Bonner.

Lloviznaba.

Todo el paisaje era triste, y lo único que se veía con mucha claridad era el cementerio.

Bannion asomó la cabeza por la ventanilla.

Como había supuesto, la diligencia que se dirigía a Elko estaba ya allí.

Había sido puntual. Las diligencias, si no había tiroteos ni contratiempos, eran ya entonces tan puntuales como más tarde llegaron a serlo los trenes, que durante un largo tiempo no lograron desbancarlas.

El mayoral gritó:

—¡Soooo…!

Los caballos se hubieran parado igual sin necesidad del grito. Ya conocían el camino mejor que él.

Bannion descendió.

Había barro por todas partes, y las rutas se marcaban inacabables en aquella llanura que parecía infinita.

En la diligencia de Elko ya estaban siendo enganchados los caballos, disponiéndose a partir otra vez.

Los mayorales cambiaron las sacas de correspondencia de un vehículo a otro, según las rutas marcadas en cada una de ella.

Bannion esperó a que terminasen. Luego se dirigió al mayoral de la diligencia que iba a Elko, en Nevada.

—Eh, John.

—Hola, Bannion… Tú por aquí, ¿eh? Supongo que no me buscas a mí. Por mi cabeza no ofrecen nada.

—No… Busco a un fulano que seguramente estará en Carson City.

—¿Cuánto ofrecen por él?

—Mucho.

—No resultas muy expresivo, muchacho. ¿Quién es?

—Perdona que no te lo diga. No quiero espantar la caza.

—Bueno, no insisto… ¿Así no vienes a Elko?

—No. Pero quiero que lleves un recado a esa ciudad. No he tenido tiempo de escribir una carta.

—¿Para Margaret? —preguntó el mayoral.

—Ajá.

—Preciosa chica. ¿Aún estás prometido a ella?

—Nos casaremos en cuanto atrape al tío que he de atrapar. Con una cantidad así en el bolsillo, podré presentarme dignamente en su casa.

—Hum… Hace falta dinero para casarse con Margaret. Ella no es pobre.

—¿Por qué crees que quiero entonces conseguir la pasta?

—Bien… Le daré el recado. ¿Qué quieres que le diga?

—Que he salido para Carson City, y que si todo va bien iré a buscarla el mes próximo.

—Perfecto. Oye, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Ella tiene ahora una criadita como para comérsela con salsa de tomate. Algo fuera de serie, muchacho. Cuando salen juntas a la calle uno no sabe a quién mirar, si a Margaret o a la otra.

—Su criadita no me interesa —dijo Bannion.

El mayoral le guiñó un ojo.

—Lo comprendo. Pero de todos modos tú procura que no la despida, ¿eh?

Y lanzó una carcajada que hizo relinchar a los caballos y estremecer el carruaje.

Luego gritó:

—¡Hala, gandules! ¡Arribaaa…!

Los pasajeros que iban a Elko, encantados con la amabilidad del servicio, se dispusieron a ocupar sus puestos, no fuera que a alguno de ellos lo dejasen tumbado en el barro.

Poco después la diligencia se alejaba dejando profundos surcos en el suelo.

Bannion la vio marchar. El ansiaba hacer aquella ruta, ansiaba volver algún día a Elko. Pero para eso tenía que hacer algo, al parecer, sin importancia.

Matar a un hombre llamado Custer…

CAPÍTULO III

Llevaban ya varias horas de pesada marcha, en una de las etapas más duras del recorrido, y la mayor parte de los pasajeros se habían adormilado. Bannion, a pesar de que siempre estaba alerta, no había podido evitar que se le fueran cerrando los ojos, hasta perder contacto con la realidad.

De pronto la diligencia se detuvo con un traqueteo.

Se oían voces.

Alguien la había hecho parar.

Los pasajeros se despabilaron con sobresalto, y quien más quien menos echó mano al revólver, temiendo lo peor.

Pero no podía tratarse de un atraco, porque el mayoral no se hubiera detenido así como así, sin oponer resistencia.

Bannion miró a través del cristal de la ventanilla.

A la derecha, no lejos del camino, se divisaban los resplandores de un incendio.

Dos hombres armados con riñes abrieron la puerta de repente.

Los dos llevaban estrellas sobre sus chalecos. Debían ser comisarios de algún *sheriff*.

No reconocieron a Bannion.

Éste murmuró:

—¿Qué pasa?

—Un incendio. Necesitamos ayuda para apagarlo. Bajen todos y empiecen a menear la tripa. ¡Hala, corriendo!

Los adormilados pasajeros descendieron.

Había ya unas cuantas personas tratando de apagar el incendio de lo que había sido un rancho. Formaban cadena y se pasaban uno a otro los cubos de agua que sacaban de una bomba. Pero estaba claro que, cuando consiguieran apagar el fuego, ya no quedaría

nada del edificio.

La llegada de los refuerzos hizo aumentar el ritmo de trabajo, aunque sin resultados demasiado apreciables.

Uno de los comisarios se había situado junto a Bannion pasándole los cubos de agua con ritmo febril.

Bannion preguntó:

—¿Accidente?

—No. Un asalto.

—¿Quién?

—La banda de Custer.

Al joven por poco le resbala el cubo que ahora tenía entre las manos.

—¿Custer? —farfulló—. ¿Ya tiene una banda?

—Y poderosa. De al menos diez hombres.

—Pues sí que ha ido aprisa.

—Los reunió en México, al huir. Aquí se le han juntado unos cuantos asesinos más. En total, lo dicho: diez.

Bannion preguntó:

—¿Cuánto ofrecen por la banda completa?

—¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Curiosón que es uno.

—Pues no sé… Pero entre todos quizá lleguen a los veinte mil dólares.

Bannion suspiró:

—¡Menuda suerte!

—¿Por qué?

—Usted mismo lo ha dicho: veinte mil pavos.

El otro se quedó de piedra.

—Oiga, no querrá usted decir que…

Y de pronto le miró mejor.

—¡Cuerno! —masculló—. ¡Usted es Bannion!

Retuvo entre sus manos el cubo de agua, sin pasarlo, tan asombrado estaba. Los del principio de la hilera empezaron a mascullar tales cosas, que hasta las llamas cambiaron de color.

Por fin la cadena siguió.

El fuego, que ya no encontraba materia combustible, iba siendo vencido poco a poco.

Los hombres ya se atrevían a pisar las pavesas humeantes, en

busca de los cuerpos de las víctimas. Porque daban por descontado que ya no podía haber allí ningún superviviente.

En efecto, no lo había.

Bannion caminaba junto al comisario, levantando aquí y allá maderas que aún ardían, en busca de restos humanos.

Por lo visto allí se había librado una verdadera batalla, a consecuencia de la cual hubo una carnicería.

El rancho debía contar con una media docena de vaqueros, todos los cuales debieron refugiarse en el edificio a raíz del ataque. Y todos habían muerto entre las llamas, sin posibilidad de escapar, cuando los buitres de Custer les rodearon.

El comisario mascullo:

—Asaltar esto… ¡Maldito hijo del infierno! Era un rancho pobre. ¿Qué podría sacar aquí?

—¿Entonces por qué lo ha hecho? —preguntó Bannion.

—Para aterrorizar a la gente. Para que sepan que no hay que resistirse cuando Custer pide algo, porque si lo hacen será muchísimo peor. Es su vieja y cochina táctica.

Bannion apartó a puntapiés unas pavesas humeantes debajo de las cuales podía haber alguien.

Y en efecto, lo había.

Era una mujer y un niño.

La madre aun lo tapaba con su pobre cuerpo, como si hasta el último instante hubiera querido proteger a su hijo.

Bannion cambió de color.

Sus facciones adquirieron un raro color bronce, unas extrañas irisaciones metálicas.

Sus ojos se convirtieron en algo así como los ojos de un felino.

Miró al cielo.

Tenía una expresión rara.

Como la expresión del verdugo que mira hacia arriba para asegurarse de que está bien sujeta la cuerda.

—Aunque no me paguen nada… —susurró—. Aunque no me paguen nada lo haré.

El comisario produjo un crujido con los dientes.

—¿A qué se refiere, Bannion?

—¿Ha dicho diez hombres?

—Diez.

—¿Con Custer once?

—Once.

—Y ha dicho veinte mil dólares.

—Aproximadamente.

—Pues lo haré aunque sea por un miserable dólar, comisario. Los liquidaré uno a uno y haré que sus huesos se tuesten al sol. Usted lo verá, comisario. Usted escupirá sobre sus esqueletos dentro de poco tiempo.

Dio media vuelta y se alejó.

El comisario se le quedó mirando con expresión absorta, mientras una lucecita parecía encenderse y apagarse en su cráneo.

Se encendió y se apagó once veces.

Once muertes.

—No quisiera estar en el pellejo de esos buitres —masculló—. Porque cuando Bannion ha jurado matar… mata…

CAPÍTULO IV

Cuando la diligencia llegó a Carson City. Bannion se instaló en el mejor hotel.

Era un tipo que se ganaba bien la vida. Se la ganaba vendiendo los pellejos de los otros hombres.

Y le gustaba vivir a lo grande.

Una vez instalado, se dio un baño, se afeitó, se cambió de ropa, dio un pellizco a la camarera (usted mismo puede imaginar dónde), y se bebió media botella de *whisky*.

Hecho esto ya se sintió «en forma».

Podía empezar a trabajar.

Y lo primero que hizo fue enviar un mensaje a Franchot.

Franchot era un tipejo que había hecho muchas cosas en la vida, ninguna de ellas buena. Merecía la pena de muerte aproximadamente una vez al mes, pero se salvaba porque era un fulano simpático.

Bannion le puso delante lo que quedaba de la botella de *whisky* y veinte dólares.

Franchot bebió el *whisky*, pero dejó los veinte pavos en su sitio.

—¿Es poco? —preguntó Bannion.

—Para lo que tú vas a preguntarme, sí.

—¿Y tú que sabes de lo que voy a preguntarte?

Franchot dijo una sola palabra:

—Custer.

Bannion escupió al aire.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Esta vez cincuenta.

—Antes trabajabas por veinte.

—Pero era distinto. Ahora la vida sube que es un asco. Y con

Custer no se juega.

—¿Dónde nos vimos por última vez, Franchot?

—En Phoenix. Allí te ayudé a encontrar a Harriman.

—Diablos, como pasa el tiempo… Un año ya… ¿Qué quedará del pobre Harriman?

—Eso lo sabrás tú. ¿Cuántas balas le clavaste?

—Media docena. Y porque en mi revólver no cabían más.

Franchot encendió un maloliente cigarro.

—Me extrañaba que no me llamases, Bannion.

—Tenía que hacerlo. Necesito de hombres como tú, Franchot. No cazo a los hijos de perra por casualidad. Necesito que granujas como tú me digan dónde están.

Franchot expelió una bocanada de humo.

—Lo peor es que no lo sé esta vez, muchacho.

—Pues entonces ni sueñes en cobrar.

—Pero te daré una pista.

—Hala, escúpelo de una vez.

—Custer vive con sus hombres en un sitio que ignoro, pero de vez en cuando vienen a divertirse a Carson City.

—Por eso te he preguntado a ti. Porque sabes perfectamente quién viene a la ciudad y para qué.

—Te hablaré de una mujer.

—Me gusta que me hablen de mujeres, Franchot.

—Es Sonia. Tiene la mejor delantera de todo el territorio de Nevada. Trabaja en un *saloon*, pero no sale con hombres. Pica alto. Lo que quiere es casarse, pero casarse de verdad, con algún hombre que tenga dinero.

Bannion se atizó otro trago de *whisky*.

Luego se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Sigue, maldito —le dijo a Franchot.

—A Custer le gustan las mujeres que tienen una delantera excepcional —dijo éste.

—¿Y bien…?

—¿Qué haría Sonia si Custer la pretendiera?

—Escupirle a la cara, supongo.

—Y luego bajar a la tumba, ¿no?

Reconozco que no es una perspectiva agradable para una chica que tiene… ¡ejem!…, todo eso que tú dices.

—Por consiguiente ella cedería —dijo Franchot—. ¿Qué remedio? Y hasta procuraría poner buena cara.

—Hasta ahora me has explicado una historia que hace llorar, buitre.

—Pues enjuágate las lágrimas. Porque voy a seguir. Hace una hora. Sonia estaba en su hotel, arreglándose para ir al *saloon*. No ha acudido al trabajo. Y nadie sabe dónde está.

—Pero tú sí.

Franchot emitió una risita de conejo.

—Sólo hay un sitio en Carson City al que Custer se atrevería a ir en compañía de una mujer. Es el garito más indecente que hay en Nevada. Su dueño, el griego Kalepoulos, siempre quiere estar a bien con la gente del revólver. Y se callará todo lo que vea.

—De modo que el garito de Kalepoulos…

—Tú ya lo conoces.

Bannion dejó cincuenta dólares sobre la mesa. Con veinte anteriores, eran setenta.

—Aquí hay algo que sobra —dijo Franchot.

—Sí, veinte pavos. ¿Sabes lo que vas a hacer con ellos?

—Suéltalo.

—Compra flores, las pasas por el suelo de un establo y luego las llevas a la tumba de Custer.

Franchot rió silenciosamente.

—Lo haré, descuida. Sé que la gente podrá escupir sobre el cadáver de Custer esta misma noche.

Bannion acarició la culata de su revólver.

Y salió. Sabía muy bien dónde estaba el garito de Kalepoulos.

Cerca del cementerio.

Así el cadáver de Custer no se «cansaría» tanto…

CAPÍTULO V

El garito ocupaba el final de una calle en el extremo sur de Carson City. Como los otros edificios eran cuadras, almacenes y tiendas que por la noche cerraban, podía decirse que aquello quedaba aislado a partir de las siete de la tarde.

Era un lugar discreto, si en Carson City los había.

Bannion lo miró desde el porche frontero.

Había estado ya otra vez allí.

Fue dos años antes. Sí… Cuando mató a los Patton. Entonces él no picaba tan alto. Cobró cien miserables machacantes por la cabeza de cada uno de ellos.

Era de suponer que el garito no habría cambiado mucho.

Bannion se acercó y llamó a la puerta.

Se abrió una escotilla.

Normalmente nadie hubiera podido hacer lo que hizo Bannion, por la rapidez y maestría que aquello requería.

Pero Bannion estaba preparado y lo consiguió en un abrir y cerrar de ojos.

Su brazo pasó por la rendija como una catapulta.

Y su manaza apresó el cuello del chino que, como dos años antes, se encargaba de investigar quién llegaba, antes de abrir la puerta.

El chino no pudo ni gemir.

Las vértebras de su cuello crujieron.

Bannion apretó un poco más, y el otro perdió hasta su color amarillo.

—Muy bien, muchacho… —dijo Bannion—. Así me gusta: que seas amable y comprensivo. ¿Verdad que te estarás callado y abrirás ahora mismo la puerta a papaíto Bannion?

El chino juró por sus antepasados que sí, que abriría. Pero hubo de hacerlo por señas, ya que no podía ni hablar.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, movió el cerrojo.

Bannion soltó a su víctima, empujó la puerta y entró silenciosamente.

El chino estaba acuclillado en un rincón.

Muerto de miedo, ya estaba pensando en cuál de sus antepasados le resultaría más simpático en el otro mundo.

Bannion se acercó a él.

Y lo levantó, pero esta vez sujetándole por la coleta.

—Vas a decirle otra cosa a papaíto Bannion.

—Lo… lo que usted quiera.

—Me han dicho que aquí está una chica con una delantera sensacional.

—Sí…, sí…, señor.

—Me interesa el buitre que la acompaña.

El chino ya no estaba amarillo, sino negro.

—Me largaré al Canadá —dijo—. Después de la que se va a armar aquí…, yo no aguanto.

—El fulano es Custer, ¿verdad?

—Pues…, pues…

—Hala, simpático. Dile que si a papaíto Bannion.

—Sí…

—¿Habitación?

—La ocho.

—¿Tiene ventana a la calle?

—No… Pero…

—¿Pero qué?

—Custer tienen a un pistolero en la puerta.

Bannion abrió la mano y soltó la coleta.

El chino cayó a tierra como un fardo. Pero ya estaba más tranquilo e iba recobrando poco a poco su color de limón maduro.

Bannion le palmeó la mejilla.

—Hala, muchachito. A callar, ¿eh? Porque si hablas te vas a ir al Canadá, pero con los pies por delante…

El chino prometió que callaría, y Bannion lo creyó, porque aquel tipo ya sabía de lo que él era capaz.

Subió las escaleras silenciosamente.

Sabía dónde estaba la habitación número ocho.

Se hallaba al final de un pasillo y era la más fácil de defender. Claro que en cierto modo era también una ratonera, porque no tenía ventana que diera a la calle.

Un hombre se encontraba al final de aquel pasillo.

Vigilaba la habitación ocho.

Bannion comprendió que no podría llegar hasta él sin ser visto, porque el pasillo se encontraba bien iluminado. Por eso volvió a descender en silencio.

El chino aún continuaba en su sitio, rezando a sus antepasados.

Le miró con asombro.

—¿Ya los ha liquidado, señor Bannion? ¿Y sin que se oyera una palabra?

—Calla, idiota. Necesito un lazo.

—¿De vaquero?

—Ujú.

El chino se levantó, abrió una puertecilla e iluminó una habitación llena de cachivaches. Salió poco después con una cuerda de primera calidad.

Bannion hizo el lazo.

Subió de nuevo. El pistolero continuaba en su sitio, pero ahora se había vuelto de espaldas.

Ni siquiera se enteró de lo que pasaba.

De pronto se encontró con aquel lazo en el cuello, y no pudo ni gritar. Se llevó las manos instintivamente hacia arriba, tratando de liberarse.

Pero estaba luchando con un auténtico maestro.

Bannion dio dos hábiles tirones y lo ahorcó. El pistolero había muerto cuando aún estaba de pie. Sus ojos desencajados miraron al vacío sin comprender, sin acabar de entender lo que había ocurrido.

Pero los muertos no necesitan entender nada.

Ellos ya no tienen problemas.

Bannion tensó la cuerda para evitar que el otro cayera del todo, ya que hubiera hecho ruido. Para aquello se necesitaba habilidad y fuerza, pero a Bannion, le sobraban ambas cosas. Poco a poco soltó el cabo, para que el pistolero se posase en el suelo.

No se había producido ni un solo rumor.

Bannion dejó la cuerda y se pasó el dorso de la mano derecha

por la boca.

Bueno… Estaba llegando al final.

Nunca hubiera creído que fuese tan endiabladamente fácil.

Abriría la puerta y liquidaría a Custer. Nada de palabras, nada de dilaciones. Duro y a la cabeza. Ése era el lema de Bannion.

Acercó la mano al picaporte.

Y en ese momento una voz dijo junto a él, en un susurro:

—Muy bien, muchacho… Abre esa puerta y te vuelo aquí mismo la tapa de los sesos…

CAPÍTULO VI

Bannion detuvo el avance de su mano derecha.

Todo él se inmovilizó, aunque su cabeza trabajaba con la tensión de un volcán.

Trató de recordar, pero no conocía aquella voz.

¿Otro guardaespaldas de Custer?

Entonces, ¿por qué había consentido que matara a su compañero?

Una mano le despojó de su revólver. Lo hizo con la habilidad de un prestidigitador.

Y luego la voz volvió a susurra:

—Vuélvete, pero sin trampas.

Bannion no estaba en situación de intentar nada, de modo que obedeció.

Vio frente a él un Colt del 45 que le apuntaba al corazón.

Y detrás del Colt un tipo rubio, con los mechones cayéndole sobre la frente, mandíbula cuadrada y ojos de asesino.

Y de pronto lo reconoció.

Sí, tenía que ser él… La gente hablaba de aquellos cabellos rubios y desordenados y de aquellos ojos de asesino. Tenía que ser Bigman.

Musitó:

—Eres Bigman, ¿no?

—Para servirte si te portas bien. Y para enviarte al otro barrio si dices una sola palabra que no me guste.

Bannion asintió.

¿Cómo va uno a disgustar a un tipo que empuña un Colt 45, sobre todo si ese tipo se llama Bigman?

Éste le hizo una seña.

—Entra.

Pasaron los dos a la habitación que estaba al lado de la de Custer.

En ésta no había nadie. Bannion no acabó de entenderlo en el primer momento.

Bigman se lo explicó:

—He logrado entrar aquí antes que Custer, sin que me viera nadie. Esperaba mi oportunidad para atraparlo. No sabía cómo desembarazarme de ese sucio pistolero que estaba en la puerta cuando de repente has aparecido tú y te lo has cargado. Te felicito. Nunca había visto ahorcar a un hombre como quien dice por correspondencia.

Bannion mascullό:

—Así aprenderás, pequeño.

—Me consideras un principiante, ¿no? —murmuró Bigman.

—Pché…

—Hace dos semanas maté a Usher.

—Hum… Usher era una buena pieza.

—Cobré tres mil machacantes por él.

—Para uno que empieza, no está mal.

—Ya me estás jorobando con eso de que empiezo —dijo Bigman —. Soy tan cazador como tú. Y espero hacerme rico por el mismo camino que tú, es decir vendiendo pellejos de hombre.

—Me parece muy bien. En todo tiene que haber competencia Pero esta vez has picado demasiado alto, muchacho.

—¿Lo dices por Custer?

—Es un hueso demasiado duro de roer para unos pobres dientes de leche como los tuyos.

Bigman produjo un chasquido con la lengua.

—Menos cuento, amigo. Sé lo suficiente para matar a Custer y a cuatro como él. Los diez mil machacantes van a ir a parar a mi bolsillo. Y tú te quedas con la chica de la buena delantera, si quieres. Es todo lo que te dejo.

Bannion comprendió que, en efecto, el otro tenía todas las ventajas.

Y por eso se mostró conciliador.

—Mira, muchacho, mientras discutimos, Custer se va a escapar.

—¿Ah, sí?

—Por eso te propongo un trato.
—Suéltalo.
—Si entramos los dos a por Custer, va a ser una fiesta a lo grande. ¿Imaginas qué cara pondrá? Nos podremos repartir su piel partiéndola a tiras.
—Tú lo que quieres es repartirte otra cosa.
Bannion carraspeó.
—Ejem… Los diez mil. Cinco para cada uno.
—No hay trato, muchacho.
—Reconocerás que te he facilitado el camino al liquidar al guardaespaldas —alegó Bannion.
—Sí, pero yo necesito los diez mil.
—¿Enteros?
—Uno encima de otro.
—En cambio yo necesito matar a Custer —masculló Bannion—. Es una cosa personal. No dormiré tranquilo hasta que haya visto su cochino cadáver descansar en cualquier cochina tumba.
—Lo siento, pero no hay trato.
—¿Para qué quieres tanto dinero? —susurró Bannion.
—Un asunto muy privado.
—¿Una mujer?
—Supongamos que sí.
Con aquel regateo, los dos hombres no se daban cuenta de que cometían un terrible error; repartirse la piel del oso antes de matarlo.
Custer no era un cualquiera.
Ya había advertido Bannion al principio que no había que perder tiempo con él.
Y eso fue lo que ocurrió. Quizá Custer oyó algún susurro o quizá le extrañó el que ya no se escuchara a su pistolero paseando al otro lado de la puerta.
El caso fue que salió de la habitación, olvidándose de Sonia.
Custer oyó entonces que alguien hablaba detrás de la puerta contigua.
Y aunque no sabía de quién se trataba, reaccionó con su salvajismo habitual. Quizá sus enemigos estaban allí (en lo que no andaba muy desencaminado), y por eso cosió materialmente a balazos la puerta.

Si los dos cazadores de hombres llegan a estar junto a ella, allí se acaban sus discusiones y sus problemas.

Pero afortunadamente estaban un poco más allá. Las balas sólo les rozaron, obligándoles a lanzarse al suelo con velocidad de tigres.

Un huracán de plomo pasó sobre sus cabezas.

Bannion, a pesar de que no había sido alcanzado, lanzó una salvaje imprecación.

—¿Te das cuenta, idiota? ¡Se nos escapa!

—¡Eso lo veremos!

Y Bigman se precipitó hacia la puerta.

Bannion no pudo negar que era un tipo valiente.

Pero alocado.

No le atravesó una de las balas por verdadera casualidad.

Cuando Bigman abrió, Custer ya estaba bajando las escaleras. Sólo llegó a ver un esbozo de su silueta. Aún así le envió una verdadera andanada, pero sin resultado alguno.

Bannion salió un instante después.

Recuperó su revólver y saltó hacia las escaleras como un gamo.

También llegó a ver a Custer en escorzo, como un fantasma que se desvanece. Y le envió las seis balas de su cilindro, pero igualmente sin alcanzarle.

Ya no le persiguió.

Sabía que era inútil.

E incluso una locura, porque lo más fácil1 era que Custer tuviera otros pistoleros cerca, y en cuestión de minutos les podía hacer tender una trampa mortífera.

Bannion escupió otra vez al aire.

—¡Idiota! —masculló mirando a Bigman—. ¡Ese fulano ya tenía que estar muerto! ¿Sabes cuál es tu defecto, aprendiz? ¡Que tienes el revólver corto y la lengua larga!

A Bigman no le sentó bien aquello.

Masculló:

—Tengo otras cosas largas, amigo. Por ejemplo… esto.

Y tendió el brazo derecho.

Sí, diablos, lo tenía largo.

Y terminado en un buen puño de hierro.

Cuando pensó todo eso, Bannion ya estaba en el suelo y oyendo campanadas en el interior de su cabeza.

Pero no duró demasiado tiempo as:

Se levantó de un salto.

Bigman, que ya se disponía a dejarle K. O., empezó a ver las cosas de color rojo un segundo después. El gancho al mentón le hizo volar materialmente por los aires. Chocó con una puerta, la hundió, dio una vuelta de campana y quedó tendido en una cama.

No sabía que aquélla era la habitación en que había estado Custer. Pero lo adivino al ver la chica que estaba allí. Lo adivinó, sobre todo, al darse cuenta de que era verdad lo de la delantera.

En otras circunstancias Bigman se hubiera quedado a contemplar el panorama.

Era algo como para ponerlo en las guías de turismo.

Pero ahora pensaba en otra cosa. Pensaba en algo que le hizo levantarse y arremeter contra Bannion.

Éste le esperaba con los puños preparados.

Descargó dos ganchos.

Bigman creyó que bajaba la lámpara del techo, pero en realidad era él quien estaba subiendo. Dio un traspié, retrocedió de repente se encontró en la misma habitación, en el mismo lecho, con la misma chica y con la misma delantera.

—¿Otra vez? —murmuró ella—. O te quedas o te vas, pero ya basta de entrar y salir. ¡Hay corriente de aire!

Bigman le acarició una mejilla.

—No te preocupes. En seguida vuelvo, chata.

Volvió a salir.

Y volvió a entrar.

Esta vez los dos golpes habían sido en el estómago. Pensó que no iba a volver a comer en lo que le quedaba de vida.

Pero si Bannion había creído que Bigman estaba listo, se equivocaba de medio a medio.

Esta vez, cuando le vio avanzar, se confió demasiado.

Creyó que ya lo tenía acabado y por eso descuidó la guardia.

El gancho que Bannion recibió le hizo ir al otro lado del pasillo. Tuvo la sensación de que los dientes del lado izquierdo se iban al derecho, y viceversa. Pero ni siquiera un golpe así acababa con él, que parecía hecho de roca.

Los dos hombres se encontraban en mitad del pasillo, cuyas puertas se habían abierto.

Más de un hombre y más de una mujer les animaban con sus gritos:

—¡Dale!

—¡Atízale fuerte!

—¡Al ojo, al ojo!

—¡Ya es tuyo, idiota!

De puerta a puerta llovieron las apuestas.

—¡Yo diez a que gana el rubio!

—¡Doblo por el moreno!

La verdad era que ninguno de los dos iba a ganar. Cambiando golpe por golpe, sin preocuparse de la guardia, se estaban deshaciendo la cara. La sangre saltaba hasta por las paredes. Los dos tenían puños de acere *r* facciones de roca, pero su resistencia estaba llegando al límite.

Hacía tiempo que no se veía en Carson City una pelea así.

Cada puñetazo hacía retemblar el suelo. Y cuando uno parecía estar al borde del K. O., reaccionaba y enviaba al otro a visitar la lámpara.

Al fin ya casi no veían.

Sus puños sólo encontraban el aire.

Fue Bannion el que masculló:

—Bueno, ¿pero por qué nos pegamos?

—Porque se ha escapado Custer, idiota.

—¿Y qué culpa tengo yo?

—¿Y yo?

—¿Pues entonces por qué nos atizamos?

Los dos hombres bajaron los brazos poco a poco.

Las rodillas les temblaban y les era difícil sostenerse en pie. Bannion murmuró:

—Bueno, hombre, bueno… Esto está mejor.

—Lo mismo digo yo.

—De modo que quieres los diez mil machacantes…

—Uno detrás de otro.

—¿Y por qué no los partimos como te he dicho antes? —Porque necesito los diez mil— dijo Bigman.

—Si que eres intransigente… ¿Y para qué los necesitas? —Quiero casarme con una chica que no está mal de dinero. Y tengo que presentarme ante ella dignamente.

Bannion sonrió, o al menos intento sonreír.

—Eso está bien, muchacho, eso está bien… Un hombre tienen que casarse. Así se va acostumbrando a la idea de que lo entierren. Yo también tengo novia. ¿Sabes? Y me pasa algo parecido a ti.

—¿También es una chica con algún dinero?

—Hum… Tiene más de un dólar. Y no puedo ir ante ella siendo un miserable.

—Es un buen pensamiento, Bannion.

—Y yo te comprendo a ti, Bigman.

—¿Dónde está tu novia?

—En Elko.

—Qué casualidad… Lo mismo que la mía.

—Se ve que tenemos muchas cosas en común, muchacho. —¿Y cómo se llama?

—Margaret.

—¡Qué casualidad! ¡Como la mía!

—¿Margaret qué…?

—Margaret Taylor.

—¿Cómo…?

—¿Cómo qué…?

—¡Como la mía!

De pronto los dos hombres, que tenían los brazos bajados, los levantaron al mismo instante.

Fue imposible saber quién atizó primero.

Sobre eso se discutió largo tiempo en Carson City. Pero la opinión que al fin prevaleció fue la de que se habían atizado los dos al mismo tiempo.

¡Y de qué manera!

Fue la pelea más larga, más sangrienta, más gloriosa que se recordaba en la ciudad.

Duró diez minutos.

Diez minutos recibiendo y atizando, porque allí nadie se preocupaba de la guardia. Allí sólo se iba a tumbar al contrario cuanto antes.

También hubo sus discusiones, y hasta se cruzaron apuestas sobre cuál de los dos había caído primero.

La opinión que prevaleció también, fue la de que los dos habían caído al mismo tiempo.

Hubo que llamar al médico de la localidad para que los atendiera. Y el médico de la localidad hubo de llamar a los camilleros. Y los camilleros por poco llaman al dueño de la funeraria.

Así fue como despertó Bannion, cosa de dos horas más tarde. Y así fue como se enteró de que su novia le engañaba y de que la aventura había empezado rematadamente mal.

CAPÍTULO VII

Fue uno de los camareros del hotel, un viejo sioux, quien le aplicó a la cara una pomada de hierbas.

Bannion despertó dando gruñidos.

—¿Pero qué infiernos es eso?

—No se preocupe, jefe. Con esa pomada se le bajará la inflamación. ¿No ha visto su cara?

—¡Claro que no, carcamal!

—Pues le abulta el triple que antes. Si esto sigue así, va a necesitar una habitación más grande para que le quepa.

—¡Cuerno! ¿Así no he ganado yo?

—¡Qué va a ganar!

—¿Y mi enemigo? ¿Cuándo lo entierran?

—No lo sé, pero debe faltar poco.

Bannion se incorporó.

—Pronto. Mis pantalones, mi camisa y mi sombrero.

—¿Para qué?

—Quiero ir a llevarle flores.

Puso los pies en el suelo, fue a avanzar y de repente metió la cabeza en la palangana llena de agua.

No, no era que quisiera lavarse la cara.

Fue a parar allí como hubiera podido salir despedido por la ventana. Las piernas no le sostenían.

En aquel momento se oyó un trompazo tremendo en el piso superior.

El viejo sioux elevó los ojos al cielo.

—Descanse en paz —dijo.

Bannion se rascó la cabeza, intentando ponerse, al menos, de rodillas, cosa que no conseguía.

—¿Qué pasa?
—Nada. Que Bigman está en el piso de arriba.
—¿Y ese trompazo que significa?
—Pues que también habrá querido ir al entierro de usted, jefe. Y ya ve. Vaya usted a saber dónde habrá metido él la cabeza.
Las dudas se disiparon pronto. Se oyó un vozarrón en el piso superior.
—¡Eh, ayúdenme! ¡Ayúdenme!… ¡Aquí hay un tipo que ha atravesado un espejo!
Bannion volvió a caer sobre la cama.
No sabía por qué era, pero se sentía mejor.
Y dejó que el viejo indio siguiera aplicándole aquella crema de hierbas sobre la cara.

Una paliza como la que se habían propinado deja huellas incluso en tipos que estén hechos de roca. Por eso Bannion no estuvo en situación de salir a la calle hasta dos días más tarde.
Al mirarse al espejo, había comprobado que su aspecto era normal.
Al andar, notó que sus piernas le funcionaban perfectamente.
Y al llevar la mano a la funda, notó que sacaba el revólver con la misma facilidad de antes.
En fin, volvía a estar en condiciones de ser «un ciudadano pacífico».
Fue a conserjería, pagó la cuenta del hotel y preguntó por Bigman.
—No ha salido aún.
—¿Sigue en cama?
—Sí. El médico le ha dicho que aún tiene para unas veinticuatro horas.
Bannion se pasó la lengua por los labios.
Demonios, era una buena noticia.
Si él quería cazar a Custer y cobrar los diez mil del ala, tenía que ser más rápido que aquel fulano que le hacía la competencia. Y veinticuatro horas de ventaja no son para desperdiciarlas.
De modo que se puso en movimiento enseguida.
Fue al *saloon* y preguntó por Franchot.
Mejor dicho, no torvo que preguntar por él.
Franchot estaba agarrado a una botella a la que estaba dando

chupadas de vampiro. Ya la había dejado en mucho menos de la mitad.

Bannion puso veinte dólares sobre la mesa.

El otro murmuró:

—Treinta.

—Muy bien. Ahí van.

—Pregunta.

—¿Dónde está Custer?

—Se largó.

—¿Cuándo?

—Apenas supo que le buscaba un hombre como tú.

—¿Sabes adonde fue?

—Ni idea, pero no puede estar lejos.

Bannion retiró cinco dólares de los treinta, dejándoles en veinticinco.

—Para lo que me has dicho ya está bien, muchacho.

—Espera. Quizá pueda darte una pista.

Los cinco dólares volvieron a su sitio.

—Desembucha.

—Hay uno de sus hombres que sigila la ciudad. Quieren tenerla más o menos controlada por si ocurre algo.

—¿Y por ese hilo puedo llegar al ovillo?

—Si capturas a ese buitre y le haces hablar, es posible que te diga dónde está su jefe.

—Muy bien. ¿Cómo es el tipejo?

—Un albino. No tiene barba. Cabellos y cejas son enteramente blancos.

—Fácil de distinguir, ¿eh?

—Como un gato blanco entre una docena de gatos negros.

—¿Dónde se encuentra?

—Cada mañana llegan unas cuantas reses para el matadero de la ciudad. El las conduce, fingiendo ser un vaquero. Luego haraganea un poco por ahí y pregunta cosas. Cuando cree que está informado, se larga. Las reses llegan hacia las diez.

Bannion consultó su reloj de acero.

Eran las nueve y media.

—Me queda tiempo —dijo.

Pagó la bebida del otro, pues él aún no había tomado nada, y

salió del local.

La oficina del *sheriff* no estaba lejos.

Bannion entró, se sentó en una silla y puso los pies sobre la mesa.

—¿Cuánto? —preguntó.

El *sheriff* se le quedó mirando fijamente.

—¿Cuánto por qué?

—Por la barba del muerto.

—No lo entiendo, amigo. Ni que me hablase en árabe.

—Yo ahorqué a un tío en el hotel.

—Ah, sí… Fue una bonita exhibición. Lo enterramos hace dos días.

—Era un forajido de Custer, ¿no?

—Eso dijeron.

—Usted lo sabe muy bien, *sheriff*. Escupa ahora mismo lo que daban por su cabeza.

—Pues…, pues…

—Creía que no me presentaría a cobrar, ¿eh?

—Hombre, yo me había hecho mis ilusiones…

—Empiece a desilusionarse. Quiero los mil ahora. A tocateja.

El *sheriff* abrió un cajón, extrajo unos billetes nuevos y se los dio a Bannion, junto con un pasquín.

—Éste es el nombre del fulano a quien usted ahorcó. Lo digo por si algún día quiere rezar por él.

Bannion miró el dibujo que ilustraba el pasquín. Hizo al fin una mueca de desprecio.

—Hum… Era bastante feo —dijo.

Contó los billetes y se guardó una parte. Otra, consistente en doscientos dólares, los puso sobre la mesa del *sheriff*.

—¿Qué es eso?

—Para usted.

—¿Y por qué?

—Tendrá mil más si hace dos cosas, *sheriff*.

—¿Qué cosas?

—Una de ellas detener a Bigman y enchironarlo por una semana.

—¿Con qué motivo?

—El motivo es lo de menos. Acúsele usted de haber mordido a

una vaca.

—De acuerdo. ¿Y la otra cosa?

—No se meta con Custer.

—Tampoco pensaba hacerlo.

—Quiere vivir años, ¿eh?

—Todos los que pueda.

—Entonces vívalos y encima gane dinero. Déjeme a Custer a mí. Pretendo quedarme con lo que dan por él.

—Le regalo a Custer y el dinero, amigo.

—Entonces de acuerdo.

Bannion saludó, salió de la oficina y se dirigió pausadamente hacia el matadero municipal.

Unas cuantas reses eran sacrificadas allí cada día para el consumo de la ciudad. Bannion se estacionó por las cercanías, procurando no hacerse visible.

Pronto las vio llegar.

Las conducía un solo vaquero, un albino de cejas y cabellos blancos.

Bannion pensó: «Mi hombre»…

Esperó a que hubiera hecho la entrega del ganado y luego le fue siguiendo discretamente Ocurrió lo que le había contado Franchot. El individuo merodeó por unos cuantos *saloons*, preguntó allí y allá y terminó largándose.

Bannion fue tras él.

Mientras estuvieran en la ciudad el otro no iba a notar que le seguían, pero en cuanto saliera a campo abierto la cosa no podría disimularse. De modo que Bannion decidió cazarlo pronto.

Cuando estaban a media milla de Carson City, el otro se dio cuenta de que le seguían.

Picó espuelas y puso su caballo al galope.

Bannion ya no disimuló.

Picó espuelas también. El corcel que montaba su enemigo era magnífico, pero el de Bannion no le iba a la zaga. Un hombre que tenía su oficio debía cuidar bien de su caballo y de su revólver. Había alquilado el mejor que tenían en la cuadra pública.

Al cabo de unos minutos, el otro se dio cuenta de que perdía terreno.

Empezó a disparar.

Pero es casi imposible hacer blanco con un revólver cuando se va con un caballo lanzado al galope y hay que volverse para cada disparo. Lo único que se consigue es evitar que el enemigo se aproxime demasiado.

Pero Bannion no se arredraba por unas cuantas balas que además pasaban demasiado altas.

Siguió picando espuelas.

Cuando tenía a su enemigo a unas cincuenta yardas, disparó a su vez. La primera bala arrancó el sombrero al albino. La segunda le desmontó de su caballo.

Le había rozado una pierna, produciéndole tal calambre de dolor que ya no pudo sostenerse sobre la silla.

Bannion saltó sobre él.

No estaba dispuesto a perder el tiempo. Cuando lo tuvo debajo, lo golpeó hasta siete veces con sus puños. El otro quedó «groggy». Bannion hubo de derramarle todo el contenido de la cantimplora sobre la cara para que recobrase el conocimiento.

El otro empezó a tartamudear:

—No…, no… ti… res…

—Ca… ca… calla… cállate —masculló Bannion—. Eso se pega.

—¿Por qué has disparado contra mí? ¡Yo no te he hecho nada!

—A mí quizá no, amigo.

—Sufres una confusión…

—Tal vez.

—Si lo que quieres es dinero puedo dártelo. He cobrado el importe de unas reses.

—No, no quiero dinero. Sólo una información.

—¿Qué clase de información?

—Muy sencilla. Saber dónde vives.

—No… Yo no…

—¿No lo recuerdas?

—¿Para qué quieres saber… una tontería así?

Bannion extrajo poco a poco su cuchillo de desollar. Al salir de la vaina produjo un chirrido siniestro.

Estaba dispuesto a arrancar la piel a tiras a aquel granuja, pero le haría hablar.

El otro lo leyó en sus ojos. Supo que estaba ante un asesino profesional, un hombre que no perdonaba.

—Hablaré… —gritó—. ¡Diré lo que sea!

Bannion se dispuso a escucharle.

Y entonces sucedió lo que no esperaba. Entonces sucedió *aquello*.

CAPÍTULO VIII

Aquello consistió en un disparo de rifle que se le llevó el sombrero de la cabeza. Y por la escasa distancia a que fue hecho, además de por su perfección. Bannion adivinó que a su desconocido enemigo no le hubiera costado ningún trabajo tirar un poco menos alto y volarle la tapa de los sesos.

Sin duda querían hacerle prisionero.

Y caso de tratarse de la banda de Custer —como resultaba lo más probable— hubiera resultado mejor morir.

Pero Bannion no podía elegir. Oyó el chasquido de la palanca del rifle a su espalda.

«Ahora me atiza —pensó Ahora estoy listo».

Pero el otro no disparó.

Por el contrario, se oyó su voz burlona:

—Suelta el revólver, amigo.

Bannion no tuvo más remedio que soltarlo. Tragó saliva lentamente, conteniendo un gesto de rabia. Hubiera esperado cualquier cosa en el mundo menos aquélla.

La voz volvió a decir:

—Ahora vuélvete.

Bannion se volvió.

Y se encontró con las facciones tranquilas, sonrientes, pétreas de Bigman.

Barbotó:

—No es posible…

—¿Por qué no?

—Me han dicho que estabas aún en cama…

—Nunca te fíes de lo que te digan, muchacho.

—Pero me habían asegurado que el médico…

Bigman rió estruendosamente.

—De los médicos menos.

—Entonces, ¿qué infiernos ha ocurrido?

—Pues que le di una buena propina al matasanos. Y que le pedí dijera que aún tenía para un día de cama, cuando en realidad estaba ya tan tranquilo como tú.

—De ese modo podías seguirme, ¿verdad?

—Ujú, muchacho.

—¿Y ahora qué quieres? ¿Interrogar a ése?

—Lo interrogaremos los dos. Es nuestro.

El granuja tendido en el suelo estaba temblando.

Al oír el disparo había pensado que se salvaría, pero ahora resultaba que eran dos, y no uno, los dispuestos a arrancarle la piel.

Bigman les apuntaba a los dos.

—Supongo que es un hombre de Custer… —dijo.

—Sí.

—Entonces que suelte la información que necesitamos. Le convenceremos amablemente para que nos diga dónde está su jefe.

Y sacó él también un enorme cuchillo de desollar, que hizo que los ojos del prisionero se volvieran cuadrados.

—Muchacho —declaró Bigman mirándole—, vas a deleitarnos con unas cuantas canciones. La primera se llama: «Ay, ay, ay…».

Y acercó la hoja de acero a una de las piernas del forajido.

Éste comprendió lo que iba a ocurrir. Lanzó un grito y luego suplicó:

—¡No hagáis eso!

—Muy bien, entonces habla.

—Vosotros buscáis a Custer.

—¿Te extraña?

—Yo sé dónde está.

—Pues suéltalo, muchacho. Hala, no sabes la impaciencia que tenemos por ir a saludarle.

—¿Me dejaréis marchar cuando haya hablado?

—No exactamente. Podrías avisarles si te dejáramos suelto enseguida. Te ataremos aquí con unos buenos nudos. Tardarás cosa de dos horas en deshacerlos.

El pistolero debió pensar que aquél era un trato razonable.

O en todo caso parecía tan asustado que no estaba dispuesto a

discutir.

—De acuerdo —dijo—. Hablare.

—Te estamos esperando.

—¿Conocéis la población de Morwell?

—Está a ocho millas de aquí.

—Exacto. Pues a unas dos millas de esa población hay un circo rocoso muy fácil de defender. Quizá lo hayáis visto alguna vez.

—Sí, lo recuerdo —dijo Bigman.

—Allí se oculta Custer.

—Pero tendrá centinelas en las rocas…

—Por descontado que si.

—Muy bien… Entonces ya decidiremos lo que hay que hacer —murmuró Bigman.

—Existe un procedimiento para entrar allí sin ser visto —susurró el pistolero.

—Quieres congraciarte con nosotros, ¿eh?

—Quiero tener la segundad… de que no me mataréis.

—Muy bien, pues entonces sigue hablando. Nos gusta oír tu voz. Suena a música.

—Al sur de ese circo rocoso hay un pasadizo subterráneo. Antiguamente debían usarlo los indios para entrar allí. Está medio tapado por la maleza, pero es fácil encontrar la entrada si se conoce el truco: existen tres rocas que apuntan en línea recta a ella, y en cada una hay esculpida una pequeña cruz.

Lo mismo Bannion que Bigman se pasaron la lengua por los labios.

Aquello estaba resultando mejor de lo que esperaban.

Si era verdad lo que había dicho aquel hombre, podían cazar a Custer y a toda su maldita banda mientras estuvieran nadando en su propia salsa. Era una oportunidad única.

Bigman masculló:

—Tú, Bannion.

—¿Aún soy tu prisionero?

—No. Eres mi compinche.

—¿Qué hago entonces? ¿Atar a ése?

—Con unos nudos de lo mejorcito que sepas.

Bannion tomó el cinturón del forajido, lo abrió con su cuchillo en dos largas tiras y ató manos y pies con unos nudos que hubiera

envidiado el patrón de un barco pirata. Terminaría deshaciéndolos, seguramente, pero emplearía en ello un mínimo de dos horas. Tiempo más que suficiente para que ellos hicieran su trabajo.

Una vez hubieron dejado a su prisionero atrás, los dos hombres montaron en sus caballos y se alejaron, llevándose también el del forajido, para que éste, aún en el caso de conseguir liberarse, no tuviera ninguna facilidad de movimientos.

Cuando ya estaban lejos, Bannion murmuró:

—He de agradecerte lo que has hecho, Bigman.

—¿Hecho? ¿Qué?

—Podías haberme matado.

—Hum… No me convenía.

—¿Acaso me necesitas?

—Verás… En cierto modo. Me interesa que si algún informe llega a Custer, éste crea que somos dos.

—¿Pero no seremos dos?

Bigman no contestó.

De pronto sus ojos se abrieron con sorpresa, mientras gritaba:

—¡Cuidado!

Como pasaban cerca de unas rocas donde podía cobijarse algún enemigo, Bannion tomó la advertencia al pie de la letra. Pensó que iban a ser atacados.

Sacó instantáneamente el revólver y miró hacia allí, al lado opuesto de donde estaba Bigman.

Segundos más tarde, tendría buenos motivos para lamentarlo.

Bigman no había hecho más que distraer su atención. De repente Bannion sintió como si el mundo entero diese vueltas en torno suyo.

El culatazo que su «compinche» le acababa de propinar en la nuca, había sido de alivio.

Cayó de la silla y quedó unos instantes de bruces en el suelo, con la sensación de que el sol subía y bajaba en el firmamento.

Bigman no se estuvo quieto.

Cuando él caía, ya había lanzado el lazo. Lo pasó por el centro del cuerpo de Bannion y lo inmovilizó completamente, antes de que el joven se diera cuenta.

—¡Perro… traidor! —masculló Bannion.

—Bueno, amigo, no hay que ponerse así… La competencia es la competencia. Voy a dejarte atado a ti también, para que no me

estorbes. Yo solito me encargare de Custer y de su banda. Dentro de unas horas tendré veinte mil machacantes en mi bolsillo.

—O veinte mil balas en tu tripa.

Bigman rió.

—No, muchacho, yo siempre he sido un tío de suerte. A mí no se me mata así como as: Conociendo el truco para cazar a Custer por la espalda, es como si él ya estuviera muerto.

Tensó bien la cuerda y empezó a rodear con ella el tronco de un árbol.

Bannion se dio cuenta de que todo había ocurrido en el lugar y el momento preciso.

La cuerda le fue rodeando una y otra vez, al dar vueltas Bigman, hasta que estuvo sólidamente sujeto al tronco.

Entonces su «compinche» lanzó otra de sus sonoras carcajadas.

—Bueno, muchacho, ya te recogeré a la vuelta. O puede que no nos veamos nunca más. ¡En todo caso ten por seguro que no te invitaré a mi boda!

Picó espuelas y se alejó.

Pero Bigman —aun siendo tan listo como era— no se había dado cuenta de una cosa: de que su enemigo, en el momento de ser cazado por el lazo, había sacado prácticamente el cuchillo de la funda, ocultándolo entre la manga y la palma de la mano.

Ahora Bannion tenía facilidades para maniobrar.

Para un experto en el cuchillo, como él, no resultaba difícil ir cortando las cuerdas poco a poco.

Y se puso a trabajar sin pérdida de tiempo. Quería estar libre antes de que Bigman pudiera hacer nada.

Sus labios estaban crispados en una mueca de rabia.

Cuando Bigman llegó a la ciudad, el sol ya estaba muy alto.

Desde allí le quedaba muy poco trecho para llegar a la guarida de Custer. Como hacía calor y seguramente tendría dificultades, decidió remojar el gaznate.

Entró en un *saloon* sombrío y donde se tenía una grata sensación de frescor.

No había allí más que tres clientes, los cuales le resultaban perfectamente desconocidos, y ninguno de los cuales le produjo sensación de peligro.

—Cerveza —pidió—. Una jarra así de grande.

—¿Qué quiere, amigo? ¿Beber o bañarse?

—Las dos cosas.

El tabernero le puso delante una jarra donde no hubiera podido bañarse un hombre, pero sí un niño.

Bigman tenía sed. Hizo un «glu-glu-glu» que al menos duró media hora.

Pero aún no había terminado de beber cuando su «glu-glu-glu» se transformó en un «gla-gla-gla».

Alguien le había atizado por detrás con lo que le pareció un martillo, pero que en realidad era la culata de un revólver.

Bigman cayó hacia atrás como un poste.

Bannion, que estaba tras él, sopló en la culata como si acabara de disparar. Y no le faltaba razón, porque el trompazo había sido tan fenomenal que la culata ardía.

Una vez lo tuvo en el suelo dijo al tabernero.

—Cincuenta pavos si me presta un servicio.

—¿Qué servicio?

—Ate a ese fulano a los pies de su cama. Y que no se mueva en tres horas. Transcurrido ese tiempo, lo suelta.

El tabernero pareció calcular los beneficios y los riesgos, y al fin decidió que la operación le convenía. Arrastró al inanimado Bigman por los pies y lo introdujo en su dormitorio, que estaba en la planta baja.

Una vez allí dejó que Bannion lo atara. Porque Bannion quiso asegurarse él mismo.

Al salir terminó la cerveza que el otro no se había bebido, se frotó las manos, dejó los cincuenta dólares sobre la barra y se largó.

Tenía mucho trabajo.

Y estaba dispuesto a hacerlo pronto.

CAPÍTULO IX

Distinguió el circo rocoso a la salida de la ciudad. Sin embargo, tardó más de una hora en llegar a él, porque en la llanura las distancias engañaban.

No avanzó en línea recta ni dejándose ver.

A unas tres millas dejó el caballo, entre unos altos arbustos, y él avanzó a saltos y de piedra en piedra.

Cuando llegó al lugar que él mismo se había fijado, estaba casi seguro de no haber sido visto.

En cambio distinguió a intervalos la cabeza del centinela que vigilaba entre las rocas. Estaba seguro de que no le habían engañado: allí se encontraba la guarida de Custer.

Distinguió al fin lo que buscaba: las tres rocas casi gemelas y que parecían señalar las tres al mismo sitio.

En cada una de ellas había esculpida una crucecita.

Bannion comprobó la carga de su revólver, repasó con los dedos la abundante provisión de su cinto-canana y avanzó poco a poco hacia la entrada del pasadizo, que distinguía confusamente entre los matojos.

Ya estaba en el buen camino.

Entró allí.

Y apenas había puesto los pies en el pasadizo cuando dos revólveres se clavaron en sus riñones al mismo tiempo.

Bannion quedó helado.

No sólo no esperaba aquello, sino que ni siquiera había imaginado que pudiera llegar a suceder.

El pasadizo se iluminó de repente.

Varios fósforos se encendieron, y entonces pudo ver Bannion que

había nada menos que cinco hombres allí.

Uno de ellos era el propio Custer.

Había caído en una sucia, en una cochina, en una miserable trampa.

Custer masculló:

—¿Sorprendido, Bannion?

Bannion no contestó.

Hizo una cosa más sencilla, consistente en escupir a la cara del forajido.

Custer lanzó una ronca maldición.

Sus facciones se desencajaron.

Y mientras tres de sus hombres sujetaban a Bannion, él le estuvo golpeando en la cara salvajemente, una y otra vez, hasta que retiró los puños cubiertos de sangre.

Pero Bannion ni siquiera alzó una ceja.

Se dejó pegar porque no tenía otro remedio, mientras contabilizaba los golpes para devolverlos multiplicados por diez, cuando llegase su hora.

Mientras tanto, ya le habían desarmado.

Le condujeron medio a rastras por el pasadizo, hasta salir a la luz del sol. En efecto, el lugar era un circo rocoso. Consistía en una especie de gran plaza natural rodeada de altas rocas por todas partes, lo que hacía muy fácil su defensa.

Imposible atacar aquello de frente. Para vencer era necesario emplear la estratagema que él usó, pero también aquella estratagema había fallado.

¿Por qué?

El mismo Custer se encargó de explicárselo, mientras se limpiaba la sangre de los nudillos cuidadosamente.

—Este camino te lo ha enseñado uno de mis hombres, ¿verdad?

—Pues…, pues, sí.

—Un albino.

—Un albino, en efecto. Condenado sea el día en que nació.

—¿Y no sospechaste que se rindiera tan pronto? ¿Y de que diera tantas facilidades?

Bannion se mordió el labio inferior con tanta fuerza que se hizo sangre.

Con gusto se hubiera partido él mismo a puñetazos la cabeza,

caso de no tener las manos atadas.

—De modo que era una trampa… —barbotó.

—Vamos a llamarlo de otra manera. Vamos a decir que fue una simple precaución.

—A ver… Explícate mejor, buitre.

—Yo sabía que estabas tras mis huellas. En consecuencia envié a Carson City a un fulano que no ocultara demasiado su identidad y que, si la cosa se ponía bien, se dejara atrapar.

—Para atraerme hacia este sitio, ¿verdad?

—Ujú.

—Donde vosotros me estaríais esperando.

—Ujú, ujú.

—Y donde terminaréis de una vez con vuestra pesadilla.

—Ujú, ujú, ujú. Eres muy listo, muchacho. Has adivinado exactamente lo que va a suceder.

Bannion, en aquel trágico momento, hizo un rápido recuento de sus posibilidades.

No tenía ninguna.

Rodeado de enemigos, sin armas y con las manos atadas, no le quedaba más solución que aceptar la muerte con desdén, con elegancia.

Custer preguntó:

—¿Actúas solo?

—Sí.

Era mejor no comprometer a Bigman. ¿Para qué?

Además el albino que aún debía estar atado tardaría mucho en llegar allí, de modo que tampoco aclararía la cuestión.

—Sí, tú siempre has actuado solo… —dijo Custer—. Es una sana costumbre. Pero, de todos modos, prefiero que Rock me lo confirme.

—¿Quién es Rock?

—El albino.

—¿Y si resulta que lo he matado? —masculló Bannion.

—Puede que lo hayas hecho, pero prefiero asegurarme. Estarás aquí vigilado unas tres o cuatro horas, luego.

Terminó la frase haciendo un gesto muy expresivo, indicando que lo ahorcarían allí mismo.

Bannion celebró aquella decisión.

Al menos seguiría viviendo un poco más. Y mientras hay vida hay esperanza.

Horadadas en las rocas del circo habían unas cuantas grutas, que los hombres de Custer debían emplear para guarecerse durante la noche. Bannion contó los pistoleros que había, aunque eso ya no tenía demasiada importancia para él. Eran ocho, contando a Custer.

Le introdujeron en una de las grutas, cerca de la entrada, de modo que recibía luz. Aunque tenía las piernas libres, continuaba con las manos sólidamente atadas, de modo que no podía intentar nada para fugarse. Bostezó y se resignó a su suerte, pensando que no valía la pena tomarse las cosas demasiado en serio, por aquello de que la vida es una aventura que, en conjunto, siempre termina mal.

Cerró los ojos y trató de no pensar en nada, de irse adormilando hasta que llegara el momento irremediable.

Dos pistoleros armados de rifles le estaban vigilando.

No le perdían de vista, de modo que cada vez se hacía más imposible huir.

Había conseguido adormilarse cuando oyó voces.

Sin duda llegaba el relevo. O tal vez venían ya a por él, porque había sonado su hora.

Notó que aquellas voces se concretaban.

—Ya podéis salir, muchachos. Nosotros nos encargaremos de vigilar a este pájaro.

Era el relevo.

Bannion abrió los ojos por simple curiosidad, sólo por saber qué tipos le vigilarían ahora.

Vio a dos hombres altos, delgados y fuertes.

Uno le resultaba completamente desconocido.

Pero el otro hizo que se desencajaran sus ojos, mientras tenía que hacer un terrible esfuerzo para dominar un grito de sorpresa. Porque el segundo individuo era…

¡… Era Bigman!

CAPÍTULO X

Fue su instinto lo que advirtió a Bannion. Fue aquel viejo instinto de luchador lo que le aconsejó: «No te excites, muchacho. Pase lo que pase, tú pon siempre la misma cara de piedra».

Y no se inmutó.

Desvió la mirada y vio que el sol empezaba a declinar, prueba de que habían transcurrido al menos unas tres horas.

Rock, el albino, podía llegar de un momento a otro. Bueno, ¿pero qué le importaba ya?

Bigman había encendido un cigarro.

Mientras lo hacía, miraba fijamente a Bannion.

—¿Fumas?

—Vete al infierno.

—No sé por qué. Hala, acepta, hombre. Un cigarro no hace daño a nadie.

—Está bien, dámelo.

Bigman miró al otro pistolero.

—Tú, Sanders.

—¿Qué hay?

—Dame un fósforo. Los he terminado.

El otro hurgó en sus bolsillos.

Y de repente dejó de hurgar. De repente le pareció que la tierra subía vertiginosamente hacia él.

Cuando Bigman atizaba a alguien, ese alguien empezaba a recobrar el conocimiento al cabo de dos meses.

Y eso fue lo que le ocurrió al pistolero.

Se desplomó, mientras Bigman se frotaba los nudillos, que por poco se le habían roto.

Bannion farfulló:

—¿Qué broma es ésta?
—Ninguna broma, muchacho.
—Tú eres uno de los hombres de Custer. Eres el perro más grande que…, que…
—Guau, guau —hizo Bigman.
Bannion quedó callado.
Cada vez entendía menos a aquel tipo.
—¿Qué significa todo esto? —masculló al Fin.
—Nada… y mucho. ¿Tú recuerdas el *saloon* donde me atizaste?
—¿Cómo no lo voy a recordar?
—Allí había tres clientes.
—Sí… Tres. Lo recuerdo.
—Bueno, pues uno era espía de Custer.
—Nunca lo hubiera imaginado.
—Yo tampoco, pero él mismo me lo dijo. Y demostró ser verdad.
—Sigue.
—Tú eres muy conocido, y en cambio yo no. Tú eres un cazador de hombres. Y cuando aquel pistolero vio que me atizabas, pensó que yo era un forajido de mediana importancia por el que luego querrías cobrar una recompensa.
—Ya voy entendiendo.
—Consecuencia: puesto que Custer necesita hombres, me preguntó si quería enrolarme.
—Y tú aceptaste…
—Yo acepté porque había estado dando vueltas y vueltas al asunto y porque había llegado a una conclusión. La conclusión era ésta: «Amigo, aquí hay gato encerrado. Que te aspen si esto no es una trampa».
—¿Adivinaste que yo estaba prisionero?
—Fue una deducción bastante lógica. En resumen, decidí arriesgarme. Y ya ves que no me había equivocado de mucho.
—¿Qué piensas hacer ahora?
—Yo he venido aquí con una idea muy concreta.
—¿Liquidarme?
—Je, je… Para eso me hubiera bastado dejar pasar el rato. Ya se encargarán ellos de arrancarte la piel.
—¿Entonces qué tratas de…, de…?
—Trato de salvarte.

Bannion no podía creerlo.

Y hasta en el primer momento creyó que Bigman se burlaba de él.

—Si dejas que me maten, saldrás mejor librado —masculló.

—No estoy tan seguro. En cuanto llegue aquel tipo de las cejas blancas, me reconocerá. Y entonces el lío va a ser de órdago.

—¿De modo que me necesitas?

—Te necesito para salir a tiros de aquí, y naturalmente para matar a Custer.

—Es una excelente y caritativa idea.

—Pero te impondré una condición.

—¿Cuál?

—Cuando haya que cobrar los veinte mil machacantes, tú no tiendas la mano. Tú, ni cinco.

—No me conviene.

—Muy bien, entonces me largaré con cualquier pretexto. Y dejaré que se encarguen de ti.

Fue hacia la salida de la gruta. Bannion le llamó.

—Eh, escucha…

—¿Hay novedades, muchacho?

—Ese trato tiene una sola cosa buena: al menos me queda una posibilidad de salvar la piel.

—Esperaba que lo comprendieras.

—Acepto.

—No cobrarás ni un ochavo.

—Ni un níquel.

Contando con esa promesa, Bigman le desató.

Bannion se frotó las muñecas varias veces, con gesto de fastidio, hasta restablecer la circulación de la sangre. Luego tomó el revólver del pistolero que aún estaba sin sentido en el suelo.

Lo hizo voltear unas cuantas veces entre sus dedos, y cuando estuvo satisfecho lo metió en la funda, que nadie le había quitado aún, porque sólo con la funda y el cinturón-canana pocas cosas iba a conseguir.

Pero ahora tenía también un revólver.

Los dos hombres se acercaron a la salida de la gruta y permanecieron en silencio.

Oteaban el ambiente como fieras dispuestas a dar una batida.

—No sé por dónde podremos huir… —masculló Bannion.
—Ni yo tampoco.
—Pues es una buena perspectiva…
—Agravada por el hecho de que hemos de llevarnos al menos el cadáver de Custer.
—¿Dónde está esa hiena ahora?
—No lo sé.
En aquel momento obtuvieron respuesta a su pregunta. Custer había aparecido por la boca de una de las grutas. Iba en compañía de una muchacha.
Bannion se pasó el dorso de la derecha por la boca.
—Fantástico… Le enterraremos con ella, para que no se queje.
—Vamos allá.
—Duro y a él. La primera entre las cejas, maldita sea.
Los dos hombres se movieron a la vez.
Bannion no había ganado en vano su fama de cazador de hombres, y Bigman estaba a punto de ganarla.
Los dos eran unos auténticos asesinos, con la diferencia de que liquidaban a los reclamados por la ley.
«La primera entre las cejas…».
Dispararon a la vez.
«Como primera medida se liquida al enemigo. Luego se le interroga».
Ése era su lema.
Y hubieran alcanzado de lleno a Custer de no mediar una circunstancia con la que no contaban. Esa circunstancia era el centinela que estaba en lo alto de las rocas, y que tenía por misión vigilar hacia fuera y no hacia dentro.
Pero por pura casualidad se había vuelto.
Y había visto a Bannion.
Lanzó un salvaje grito mientras disparaba su rifle.
La bala rozó la cabeza del cazador de hombres cuando éste apretaba el gatillo. La crispación de su cuerpo se transmitió al revólver, y la bala salió alta.
Bigman también se sobresaltó, al ver que su compinche estaba a punto de caer.
Creyó que le habían dado de veras.
Y si su disparo ya era difícil, se transformó en imposible a causa

de aquel momento de distracción.

Custer no recibió más daño que la voladura de su sombrero.

Lanzó una imprecación, mientras sacaba el revólver y se parapetaba cobardemente tras la chica.

Bigman, que era el que estaba en mejor posición, ya no se atrevió a tirar más.

Lo único que hizo fue gritar.

—¡A la salida, pronto! ¡A la salida, maldita sea…!

La «salida» no podía ser más que el túnel por el que había penetrado antes Bannion.

Otra cosa significaba saltar entre las rocas, dando tiempo a sus enemigos para exterminarlos cien veces.

Los dos hombres corrieron en zigzag.

Disparaban como demonios mientras lanzaban agudos chillidos, igual que una verdadera tribu de sioux lanzada al ataque.

Con eso contaban desorientar a los pistoleros de Custer, que en parte estaban aún en las grutas.

El centinela fue a disparar otra vez.

Y pagó su exceso de «vista» con un balazo entre las cejas. Era Bannion el que había disparado. No quería dejar sin recompensa al que había estado a punto de enviarle al infierno.

Los pistoleros salían desorientados de las grutas. No acababan de entender aquello.

Creían que Bannion estaba bien seguro y de repente lo veían en compañía de otro hombre, disparando los dos como locos.

Los disparos a mansalva y los gritos, que daban la sensación de un verdadero ataque indio, surtieron su efecto. Por unos instantes los pistoleros de Custer no supieron adónde acudir.

Y unos instantes eran todo lo que necesitaban Bannion y Bigman. Se encontraron en la entrada de la galería y siguieron corriendo por ella.

Claro que el salir les iba a resultar muy complicado.

Les podían disparar desde lo alto de las rocas, y además no tenían caballos.

Tampoco podían quedarse allí, porque se exponían a que les atraparan entre dos fuegos.

Era una situación casi imposible, que Bannion resolvió diciendo:

—Tenemos que hundir esta galería.

—Sí, pero ¿cómo?

El señaló las viejas y carcomidas vigas que apenas podían sostenerla.

Había recargado ya su revólver, y empezó a disparar contra los apoyos de aquellas vigas, haciéndolas ceder. La madera podrida saltaba en grandes pedazos. Las rocas caían provocando un hundimiento cada vez mayor.

Naturalmente disparaban contra la zona que ya habían recorrido, no contra la que tenían que recorrer.

Pero el hundimiento amenazaba con hacerse general, cortándoles la retirada.

Los dos hombres se pegaron a los costados de la salida del túnel, mientras la tierra parecía temblar junto a ellos.

Sólo por unos palmos no fueron aplastados los dos.

Claro que habían conseguido algo muy importante, al impedir que les persiguieran por aquel túnel. Pero Bannion, con sus disparos, acababa de lograr algo más: las rocas que estaban arriba, sobre la galería, temblaban. Se estaba produciendo como un pequeño terremoto.

Fue algo muy fugaz, pero como los pistoleros que estaban arriba no sabía a qué atribuirlo, se sintieron sacudidos por el pánico.

Saltaron al interior del circo, donde al menos la tierra estaba inmóvil. Lanzando maldiciones y gritos, se olvidaron de los dos fugitivos por unos momentos.

Bannion y Bigman no necesitaban otra cosa. Los dos se lanzaron a una desenfrenada carrera, lanzándose casi de cabeza sobre los primeros matojos que encontraron en su camino. Éstos les ocultaron de momento.

Los pistoleros se habían rehecho.

Disparaban desde las rocas, pero al buen
tun-tun,
sin verles, limitándose a cribar el terreno.

Bigman masculló:

—No tenemos un maldito caballo…

—El mío no está lejos —dijo Bannion.

—¿Dónde?

—Entre aquellos arbustos.

—Pero hemos de llegar allí sin ser vistos. Si nos echan el ojo

encima, estamos perdidos.

—Más difícil era salir de aquella galería y lo hemos conseguido.

—¿Qué propones?

—Nos arrastraremos sobre los codos. Uno detrás de otro.

Será un avance lento, pero si tenemos suerte no nos verán.

—Hay una cosa a nuestro favor: están muy nerviosos.

—Entonces, vamos allá.

Los dos se pusieron a deslizarse sobre el terreno, apoyándose en sus codos. Estar un buen rato haciendo aquello acababa con las energías de cualquiera, pero los dos hombres parecían tan frescos cuando llegaron junto al caballo.

Acababan de tener suerte.

Nadie les había visto.

Los dos hombres montaron sobre el mismo caballo y emprendieron el galope. Una hora después, ya estaban a salvo de la persecución de los bandidos de Custer sin haber conseguido nada, excepto salvar la piel.

Era bastante, después de todo.

Pero no podía decirse que estuvieran de muy buen humor.

Bigman masculló:

—¡Por tu culpa por poco nos vamos al infierno!

—¡Pues no haber venido!

—¡Descuida, otra vez no vendré! ¡Dejaré que te pudras!

—¡Pienso pudrirme a gusto en cuando haya cobrado los veinte mil dólares! ¡Y en cuanto me haya casado con Margaret!

—¿Crees que vas a conseguirlo, eh?

—¡Con mucha más razón que tú!

—¡Estás listo!

—¡El que está listo eres tú!

—¡Y tu padre!

Los dos hombres se dieron un codazo a la vez. Y se lo dieron con tal fuerza que los dos cayeron a tierra al mismo tiempo.

El caballo ya debía estar harto.

Y empezó a repartir coces según el viejo lema que practican hasta los caballos: «Atízale bien y no mires a quién».

Media hora después los dos hombres estaban en el hospital. En un pequeño hospital que había en la cárcel.

Capítulo XI

La muchacha llamada Margaret por la que se habían atizado los dos hombres vivía, como ya se ha dicho, en Elko. Elko era entonces la segunda ciudad en importancia de Nevada, y posiblemente lo sigue siendo aún. Aunque Margaret no era millonaria, vivía bien y contaba con muchas comodidades, entre ellas la de poseer una doncella.

La doncella, Mary, era casi tan bonita como ella. Tan elegante como ella. Y a veces, cuando salían juntas, parecían auténticas señoritas las dos.

Mientras aquellos dos sucios aventureros llamados Bannion y Bigman se las entendían con los pistoleros de Custer cerca de Carson City, Margaret estaba encargando ya sus vestidos de boda.

¿Para casarse con quién?

Eso le hubiera gustado saber a Bigman y a Bannion.

Mientras Margaret se retocaba el maquillaje en el espejo, dijo a su doncella:

—La modista, la señora Talbot, ya debe tener listos los vestidos que le encargué. Debes ir a recogerlos.

—¿Cuántos son?

—Seis.

—¿Y para que quiere tantos?

—Eres bastante impertinente, Mary. Voy a casarme pronto. Y necesito esos seis vestidos para poder variar durante mi viaje de bodas.

—Está bien… Iré a por ellos.

—No hace falta que pongas esa cara de resignada.

—¡Es que una tiene que oír cada cosa! Seis vestidos… En fin, iré a por ellos. Y a lo peor no se casa. Porque vamos a ver…, ¿quién

quiere a una mujer que se pone tanta ropa encima?

Y salió refunfuñando.

Margaret se quedó mirando la puerta por la que acababa de salir la otra. En sus facciones se dibujaba una mueca de contrariedad.

Con gusto hubiera despedido a Mary, pero sabía que nunca iba a volver a tener una doncella tan lista como ella. Y también tan educada (cuando le daba la gana).

De modo que trató de pensar en otra cosa. Pero aquella muchacha, Mary, la preocupaba mucho, la preocupaba de verdad.

Había un montón de detalles en ella que no llegaba a entender, y que quizá no entendería nunca.

CAPÍTULO XII

El comisario de la pequeña ciudad de Morwell abrió la puerta enrejada y les indicó con un gesto que podían ya salir de la pequeña enfermería, que no era sino una dependencia más de la prisión.

Había metido a aquellos dos tipos allí porque no podían estar en ninguna otra parte.

Si los llega a dejar libres, destrozan la ciudad.

Los dos hombres salieron. Aún sentían en sus flancos el dolor de las coces del caballo. Bannion tenía el pecho lleno de morados, aunque eso no se viera gracias a la camisa.

El comisario les devolvió sus revólveres, su dinero y sus documentos.

—Aquí tienen. Y que no les vuelva a ver por aquí.

Bannion arrugó el ceño.

—Usted sabe perfectamente quién soy yo.

—Por eso no quiero verle más.

—Me dedico a cazar hombres —dijo—. Y aquí tengo caza fresca.

—No sé a qué se refiere.

—Lo sabe mejor que yo, pedazo de buitre.

—Si me insulta le voy a…

Bannion resolvió no seguir por aquel camino, aunque tenía ganas de partirle la cara a un comisario, fuera quien fuese. Y aquél estaba jugando todos los números de la rifa.

—Muy cerca de aquí está la banda de Custer —dijo.

—Estaba.

—¿Qué quiere decir?

—Se largaron. Ustedes han pasado un día ahí dentro, reponiéndose. Mientras tanto, esos granujas han emprendido el vuelo.

Los dos hombres se miraron.

Era una contrariedad, porque cada uno ya se había hecho a la idea de quedarse con el dinero, desbancando, naturalmente, al otro.

Bigman hizo crujir sus nudillos.

—No pueden estar lejos, Bannion —murmuró.

—¿Por qué?

—Nadie huye eternamente. No estarán dispuestos a que les persigamos siempre. Querrán eliminarnos de una vez.

—Y eso, según tú, significa…

—Sencillamente, que vendrán a por nosotros, pero eligiendo la ocasión más favorable. Esta vez ya saben que vamos juntos. No se dejarán sorprender.

—Ellos quizá sepan que vamos juntos, pero nosotros no —rezongó Bannion—. Porque yo no me he enterado, maldita sea.

Dio un codazo a su compinche y se largó primero.

El comisario gritó:

—¡Y recuerden lo que les he dicho! ¡No quiero verles nunca más!

—¿Cuánto tiempo tenemos para largarnos? —pregunte Bannion.

—Dos horas.

—De acuerdo, entonces nos estaremos dos días.

El comisario no supo si retirarse o ponerse a manejar e revólver allí mismo.

Optó por un término medio, que consistió en lanzar uno; cuantos gruñidos, sacar pecho y largarse enseguida.

Los dos pistoleros se dirigieron al hotel.

Alquilaron dos habitaciones separadas (no hubo dificultades, pues desde que Custer maniobraba por allí el hotel se había quedado sin clientes) y se dedicaron a dormir la siesta, o a hacer ver que la dormían. En realidad cada uno de ellos estaba haciendo planes para liquidar la banda de Custer y desbancar al otro, haciendo que se quedara sin cobrar un níquel.

Bannion estaba en lo mejor de sus «dulces» planes cuando alguien llamó a la puerta.

Estaba abierta, aunque la llave se encontraba echada por dentro.

—Pase —dijo Bannion—. Pase quien sea, hermano. Sea bienvenido.

Y alzó el revólver dispuesto a volarle la cabeza si el «hermano»

no le gustaba.

Pero era el comisario.

Éste masculló:

—Sabía que estaba aquí. Quiero darle noticias frescas.

—¿Noticias sobre qué?

—Sobre Custer. He sabido que merodea por aquí. Sin duda espera una ocasión para acabar con los dos; con usted y su amigo.

—No es mi amigo.

—Bueno, pues para acabar con usted y su enemigo.

—¿Dónde están?

—No sé exactamente, pero cerca de la ciudad.

—¿Y por qué me avisa?

—Para que, si tiene que armar jaleo, lo arme lejos de aquí. No quiero que haya víctimas inocentes.

—Me parece un deseo razonable. Ya procuraremos que la única víctima sea usted.

—¡Váyase al infierno!

Bannion lanzó una carcajada.

Mientras el comisario se alejaba, él se puso en píe y se preparó para salir.

Quería averiguar algo más. Saber si efectivamente Custer estaba cerca y con cuántos hombres contaba.

Además, así daría esquinazo a Bigman.

Pero no contó con que Bigman lo había oído todo.

Por algo tenía la habitación contigua.

Cuando Bannion hubo salido, para dar vueltas por la pequeña ciudad y preguntar a quien pudiera haber visto algo, él salió también. Pero hizo una cosa bien distinta.

Fue a ver al cerrajero.

Le pagó una buena suma y volvió con él al hotel, provisto de una cerradura nueva. En cinco minutos cambiaron la de la puerta de la habitación de Bannion. La dejaron entornada y con la llave antigua puesta por la parte interior, encajada en la nueva cerradura del mejor modo posible. Bigman se quedó en el bolsillo la llave de la cerradura nueva.

Como había calculado, Bannion volvió media hora después.

Venía a recoger sus cosas para despedirse del hotel y dar una batida por el campo.

Mientras ordenaba sus trastos de aseo para colocarlos en una bolsa, no se dio cuenta de que alguien cerraba la puerta desde fuera.

Y aun caso de haberse dado cuenta, ¿qué le podía importar? La llave estaba puesta, de modo que él podía abrir desde dentro cuando quisiera.

Una vez lo tuvo todo ordenado, fue a abrir.

Y lanzó una imprecación. Porque la llave estaba apenas encajada en la cerradura, pero no abría de ningún modo. Ni siquiera acababa de entrar.

Unas gotitas de sudor helado aparecieron en la frente de Bannion.

Estaba prisionero.

La ventana de su habitación era tan pequeña que por ella no podía pasar un cuerpo fornido como el suyo, de grandes músculos y huesos poderosos y anchos.

En cuanto a derribar la puerta, comprendió que sería inútil. Era de roble y una de las más sólidas que había visto. Aquello tenía que ser obra del granuja de Bigman.

Le había inmovilizado para poder cazar a Custer él solo.

En efecto, Bigman salía en aquellos momentos del hotel, palmeando la llave nueva. Disponía de una buena delantera sobre su rival, antes de que éste consiguiera salir.

Fue a la cuadra pública y se dispuso a alquilar un caballo.

Había varios disponibles, y los fue examinando uno a uno.

Le interesaba ante todo un caballo veloz, aunque no fuera muy resistente. Al fin eligió un buen animal y le acarició el cuello, a fin de ir familiarizándose con él.

Iría a dar una batida antes de que Bannion se liberase.

Al menos ése era su pensamiento, pero pronto tuvo motivos para cambiar de idea.

Por ejemplo, cuando aquel revólver apareció por debajo del vientre del caballo que tenía a su derecha. Y cuando un rifle le apuntó desde la puerta de la cuadra.

Reconoció a dos de los hombres de Custer. Le habían atrapado bien.

Y los dos estaban dispuestos a no perder un minuto. Porque apretaron los gatillos.

Capítulo XIII

Un hombre a quien disparan sin previo aviso y desde dos lugares distintos es muy difícil que salga con la piel entera. Sin embargo, Bigman logró escapar al menos de momento, porque supo adivinar que aquellos dos granujas tirarían a matar enseguida.

Después de ver la facilidad con que se escapaba, no iban a tratar de hacerle prisionero otra vez. Simplemente querrían eliminar el obstáculo que Bigman representaba.

Por eso el joven se movió cuando iban a disparar. Saltó por encima de uno de los caballos, en posición invertida, con una agilidad y una maestría que dejaron boquiabiertos a los dos pistoleros.

Las balas rozaron al caballo que le servía de parapeto. El animal se encabritó.

Bigman disparó dos veces por debajo de la panza del corcel, buscando eliminar al menos a uno de sus enemigos. Pero tiró con demasiado nerviosismo y falló las balas.

Los forajidos se replegaron.

Había fallado la sorpresa y aquél se estaba transformando para ellos en terreno peligroso.

Bigman siguió disparando, mientras provocaba un verdadero tumulto en la cuadra. Los caballos, asustados, tiraban de las cuerdas dispuestos a liberarse y a salir de allí. Eso era justamente lo que pretendía Bigman.

Daba por descontado que los dos granujas le esperarían fuera, para liquidarle cuando saliera. Y que si no salía, pegarían fuego a la cuadra.

Por eso disparó contra los sujetadores de los caballos, haciéndoles saltar, después de recargar su revólver otra vez.

Los caballos se apelotonaron en la puerta.

Era la oportunidad para Bigman.

Se pegó al lomo de uno de ellos, y salió con aquella especie de manada, sin que los pistoleros lo viesen. Los dos granujas dispararon al aire, pero con ello solo lograron que la carrera de los caballos se hiciera más rápida. Estaban con las bocas abiertas, no comprendiendo aún cómo su enemigo había podido escabullírseles.

Bigman, lo reconocía, había tenido bastante suerte.

Daba ya por seguro que escaparía y que las cosas marcharían bien.

Pero la suerte no le acompaña siempre a uno. Y esta vez le falló.

En un hotel, cuyo nombre sabía muy bien, había un tipo (cuyo nombre, igualmente, sabía muy bien) que por fin había logrado saltar a la calle por una pequeñísima ventana, a base de hacer medio astillas el marco.

Ese hombre (que era peso fuerte) cayó desde la altura de un segundo piso.

Y Bigman (que no pensaba en los pesos fuertes) había ya alzado el cuerpo, montando normalmente sobre el caballo, mientras empezaba a silbar una cancioncilla.

La terminó de repente.

Aquella torre de músculos cayendo sobre él fue suficiente para darle la sensación de que el mundo se volvía boca abajo. Lanzó un gruñido y cayó a tierra, donde quedó exánime.

Bannion, que había caído sin mirar dónde, miró a aquel tipo al que por poco aplasta la cabeza.

—¡Bigman, hijo de…!

Por su gusto le hubiera machacado el cráneo. La jugada del otro, al encerrarle, no le había gustado ni pizca.

Pero no podía atacar a un hombre que estaba indefenso y sin sentido. Resolvió dejarlo tirado allí, como la colilla de un cigarro barato.

Tenía una cosa más importante que hacer. Buscar a los hombres de Custer. Después de los disparos oídos desde su habitación, sabía que no podían estar lejos.

Un individuo que olía a caballo a diez leguas corría a lo largo del porche. Se detuvo ante él.

—¡Eh, amigo! ¡Ese caballo pertenece a la cuadra pública!

—¿Y a mí qué me cuenta? No lo he sacado yo.

—Lo ha sacado ese tipo que está en el suelo. Y por poco me hunde el negocio.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Yo estaba en el bar. De pronto he oído una zarabanda de disparos y he visto que se me escapaban todos los caballos.

—De modo que ha sido en la cuadra pública, ¿eh?

—Sí. Y me parece que algunos de los que disparaban aún continúan por allí cerca.

Bannion apretó los labios.

Magnífico. La cosa se ponía bien. Tenía a los pistoleros de Custer —es decir las «piezas de caza»— más cerca de lo que había pensado.

Se dirigió a pie a la cuadra pública.

Pero cuando llegó a ella, ya no había nadie. Los dos pistoleros habían comprendido que era inútil permanecer allí. Y dando un rodeo, estaban regresando a la calle principal de la ciudad.

Allí encontraron a Bigman.

Sin sentido.

La suerte que hasta poco antes había faltado a los dos pistoleros, se les ponía ahora de cara. Sin luchar, tenían allí a su enemigo. Podían matarlo cuando quisieran.

Claro que, bien mirado, no era tan fácil.

Mucha gente les estaba contemplando. Gente que tenía revólveres y que sabía usarlos bien. Si les veían cometer un asesinato, era posible que la multitud reaccionase. Y ellos eran solamente dos.

Se miraron.

Y se entendieron sin palabras.

—Este hombre necesita un médico —dijo uno de ellos—. Si no se ha roto la nuca, poco le falta. Vamos a ayudarle.

Lo levantaron entre los dos.

Nadie se opuso a lo que parecía un gesto humanitario.

Aquellos dos tipos aún no estaban catalogados como pistoleros de Custer. La gente confió en ellos.

Cargando a Bigman, desaparecieron de la calle principal. Su propósito era liquidarlo apenas estuvieran a solas.

Apenas habían recorrido unas cincuenta yardas, cuando dejaron a Bigman en el suelo.

Ya estaban sudorosos y jadeantes.

No había razón para perder más tiempo con aquel «paquete».

Iban a disparar cuando oyeron aquella voz surgiendo de entre las sombras:

—Quietos.

Conocían perfectamente aquella voz. Los dos hombres se volvieron.

El propio Custer emergió de entre las sombras.

Tenía las facciones contraídas y le temblaban las manos. Nunca habían visto a su jefe tan nervioso como entonces.

Custer miró al caído.

—Ese tipo es Bigman —dijo—. Ahora lo recuerdo bien. Es un aprendiz de cazador de hombres. Quiere llegar a ser como Bannion.

—Parece peligroso. Por eso íbamos a liquidarlo.

—Es más peligroso de lo que creéis. Sobre todo porque Bannion y él actúan juntos.

Los dos pistoleros parpadearon a la vez.

No les gustaba nada aquella perspectiva.

—No nos conviene matarlo antes de que hable —dijo Custer, señalando al caído—. Necesitamos que nos diga dónde está Bannion.

—Seguro que en la ciudad.

—Pero eso no es bastante. Quizás habían convenido encontrarse en alguna parte. Si es así, iremos nosotros al lugar de la cita.

—Entonces, ¿qué hacemos con él?

—Tengo mi caballo aquí. Nos lo llevaremos y le obligaremos a hablar.

Emitió un leve silbido, y su caballo, negro como el betún, se aproximó al trote. Custer montó y cruzó delante de la silla el cuerpo exánime de Bigman. Por si despertaba antes de hora, le apoyó un revólver en la cabeza.

Así anduvieron cosa de media milla.

La guarida que ahora tenía Custer no estaba más lejos. Consistía en una casa de troncos en la que habían vivido hasta entonces dos viejos vaqueros, y a los que habían «desahuciado» por el sencillo procedimiento de eliminarlos.

Custer confiaba en que nadie les buscaría en aquel sitio, por lo menos durante un día o dos.

El grueso de la banda estaba allí.

Lo componían ocho hombres.

El cuerpo de Bigman fue lanzado al suelo. Antes le habían quitado, naturalmente, todas sus armas. Y lo peor para Bigman era que se daba cuenta, porque estaba ya más despierto que una ardilla. Pero no sabiendo qué hacer, lo mejor era fingir que continuaba dormido.

Custer miró la chimenea, que estaba encendida.

Y también la completa colección de hierros de marcar que los dos vaqueros dueños de la casa tenían junto a la chimenea.

Custer masculló:

—Poned al rojo el más grande.

—¿Va a «convencer» al prisionero, jefe?

—Quiero que me diga dónde está su amigo. En qué lugar exacto podemos encontrarle.

El hierro fue colocado entre las brasas.

Bigman, que lo miraba todo por entre sus pestañas, se puso a sudar sólo de pensar en lo que le aguardaba.

Y lo peor era que no veía modo de evitarlo.

Con nueve hombres encima suyo, y sin llevar armas, cualquier intentona significaría poner las cosas peor aún.

Transcurrieron unos minutos angustiosos, eternos, durante los cuales sus pensamientos fueron un verdadero volcán.

Al fin notó que le alzaban la cabeza, sujetándole por los cabellos.

Le desgarraron la camisa de un tirón.

Iban a marcarle como a una res o, peor aún, tal vez iban a clavarle el hierro hasta matarlo.

Fue sujetado a una silla y colocado cerca de la chimenea. Allí también estaba cerca de una de las dos ventanas de la casa.

Le alzaron la cabeza otra vez, sujetándole por los cabellos.

Custer se aproximó a él.

—No hace falta tanta comedia, Bigman —masculló—. Sé perfectamente que has recobrado el conocimiento. Y oye bien lo que te voy a decir: vamos a marcarte para siempre o vamos a matarte incluso. A menos que nos digas dónde infiernos está

Bannion.

Bigman masculló:

—En la ciudad.

—Eso ya lo sabemos, pero no vamos a estar buscándolo a ciegas. Necesitamos saber dónde. Exactamente dónde.

—No tengo ni idea.

Custer hizo una seña.

El hierro se aproximó a la cara de Bigman.

—Haz memoria, muchacho. Te conviene.

—Bannion y yo no actuamos de acuerdo. Al contrario, somos enemigos.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa!

—Los dos queremos atraparos, pero cada uno por su cuenta.

—Eso se lo explicas a otro. ¡Vamos! ¡Marcadle ya!

El hierro al rojo se aproximó a la cara de Bigman.

Iban a marcarle de una manera infame y para toda la vida.

Hubiera preferido que lo matasen, pero aquellos buitres querían antes sacarle todo lo que sabía.

El hierro casi rozó su piel. La simple proximidad era ya insoportable.

Bigman hubo de apretar los labios salvajemente para no portarse como un cobarde, para no gritar.

Y en aquel momento comenzaron a ocurrir unas cuantas cosas completamente inesperadas para él.

La primera fue aquella bala que segó las ligaduras con las que le habían sujetado a la silla.

Y la segunda fue el plomo que se llevó por delante la mitad de la cabeza del pistolero que estaba empuñando el hierro al rojo.

Habían tirado desde la ventana.

Bigman aprovechó la ocasión. Se puso en pie instantáneamente, mientras volcaba la silla.

Custer se lanzó al suelo.

Uno de los pistoleros fue a disparar sobre Bigman antes de que huyese. Pero el individuo que tiraba desde la ventana fue implacable esta vez también.

El forajido, que había alzado su revólver, cayó con la frente atravesada.

Quedaban siete pistoleros dentro de la habitación contando a

Custer.

Demasiados para un hombre como Bigman, que estaba desarmado. Podían liquidarle fácilmente.

Por eso la próxima bala fue para la lámpara de petróleo que alumbraba la estancia. Ésta se fue al diablo, y sólo las llamas de la chimenea permitieron ver algunas sombras confusas.

Durante unos segundos nadie supo quién era amigo o enemigo. Y ésa fue la oportunidad que aprovechó Bigman.

Se lanzó de cabeza hacia la ventana, cuyos cristales ya estaban en parte rotos a causa de las balas.

Un segundo después estaba en el exterior, no sin haber empleado su cabeza como catapulta.

Le dolían todos los nervios, todos los huesos.

Tenía la sensación de que la próxima vez que volviera a pensar algo —aunque fuese en una chica— el cerebro le estallaría.

Miró en torno suyo y de pronto balbució:

—Bannion…

Porque era Bannion el que le había salvado. Era el cazador de hombres el que estaba junto a él, con el revólver a punto.

Bigman farfulló:

—¿Por qué lo has hecho?

—¡Maldita sea! ¡No lo sé! ¡Debería matarte!

—Yo, en tu lugar, no lo pensaría más. Apretaría el gatillo.

—Sí, pero aún no dan nada por tu cabeza. Sería malgastar una bala.

Y tiró de Bigman para apartarle de la zona de los posibles disparos, mientras señalaba hacia la izquierda.

—¡He traído dos caballos! ¡Allí!

Los dos corrieron silenciosamente.

Mientras tanto, en el interior de la casa el tumulto era angustioso. Todos los pistoleros de Custer se habían puesto a atizarse. Nadie sabía quién pegaba a quién.

Bigman tuvo una idea. Y la expuso en voz alta.

—Esa casa es de madera. ¿Y si arrojamos contra el tejado unas cuantas teas encendidas?

—Sí, pero imagina que Custer se quema. Y no se le reconoce. ¿Quién demonios cobra?

—Tú solo piensas en el negocio, ¿eh?

—Yo no escupo sobre el dinero, ya te lo he dicho.

Mientras tanto, habían llegado al lugar donde estaban los dos caballos.

Éstos habían sido magníficamente elegidos. Eran negros y, por lo tanto, se confundían entre las sombras.

—¿Cómo te has hecho con ellos? —masculló Bigman.

—Los he robado.

Y Bannion picó espuelas, dispuesto a alejarse de allí.

Bigman se resistió.

—¡Los tenemos a todos acorralados! ¡Ahora es una magnífica ocasión para…!

—¿Para acabar con ellos?

—¡Naturalmente que sí!

Una granizada de plomo, que pasó alta por el lugar donde ellos estaban, fue una respuesta sin palabras a la idea expuesta por Bigman.

—La casa a oscuras tiene un inconveniente —dijo Bannion—. Han podido salir sin que nos diéramos cuenta. Ahora nos exponemos a que nos atrapen a nosotros.

Bigman no supo contradecirle otra vez.

Su «enemigo» tenía razón.

De modo que picaron espuelas y se alejaron de allí lo más aprisa posible, en dirección a la ciudad. Una vez en las primeras casas, se detuvieron.

Bigman suspiró entonces:

—No debías haberme salvado.

—Tú me salvaste a mí.

—Pero luego te he hecho una maldita jugada.

—Más o menos como la mía.

—Ahora tendrás que repartir no sólo el premio, sino a la mujer que amas. Mejor dicho, a la que amamos los dos.

Bannion masculló:

—Eso lo veremos.

—¿Te das cuenta? Debiste haber dejado que me apiolaran de una vez.

—Si te acercas por Elko, aunque sólo sea cinco minutos, te mato —gruñó Bannion.

—Pues me temo que nos vamos a acercar los dos, muchacho.

—¿Por qué?

—Esos granujas, ¿adónde crees que irán?

Bannion meditó sobre aquellas palabras, que no le hicieron ninguna gracia a juzgar por la cara que puso.

—¿Elko? —murmuró.

—¿Qué esperabas, pues?

—No hay razón para que vayan ahí.

—No pueden ir a ningún otro sitio. Carson City se ha transformado para ellos en «tierra quemada». Elko es, en cambio, una ciudad lo bastante grande para pretender que en ella se pierda su pista.

—Me temo que esta vez tengas razón.

—¡Claro que la tengo!

Bannion hizo crujir sus nudillos.

—Yo los perseguiría ahora mismo. Quizá, después de todo, sea éste el momento ideal para acabar con ellos.

—No, amigo, ahora hay que dejar un poco de tiempo. Son siete. Si no preparamos bien el golpe nos acribillarán.

Bannion se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Bueno… —masculló—. Cuando haya luz examinaremos las huellas de esos malditos. Y si todo sale como tú has dicho… ¡a Elko!

Capítulo XIV

Margaret miró a su doncella.

Ésta vestía tan elegantemente como siempre. Era una auténtica señorita, un verdadero cromo.

—Mary, ¿dónde está mi papel sellado?

—En su *secreter*, supongo.

—No. Yo diría que me lo han cambiado de sitio.

—Yo no lo he tocado.

—Por favor, búscamelo. Necesito escribir una carta.

—Bien. Se lo buscaré.

—Oye otra cosa, Mary.

—¿Qué?

—¿Recuerdas los vestidos que me trajiste de la modista? —Sí, claro que los recuerdo. Va a quedar hecha un adefesio cuando se ponga alguno de ellos.

—Mary, cada vez te vuelves más sinvergüenza.

—Y usted más gruñona.

—Si no fuera porque te aprecio, no sé qué iba a hacer contigo.

—¿Y yo? ¿Qué quiere que yo le diga? Si no fuera porque le tengo simpatía, ya me habría ido cien veces.

—En el fondo eres buena chica, pero resultas insoportable.

—Je, je… ¡Pues mire que usted!

—Lo que te decía de los vestidos es que me pareció que uno se lo había puesto alguien. Estaba un poco arrugado.

—¿Se refiere al gris?

—Sí.

—La modista me lo probó a última hora, por si había que hacerle algún retoque.

—Claro… ¡como tienes tan buen tipo!

—Mejor que el suyo.

Margaret decidió no discutir.

Mary era, en el fondo, la persona más fiel y honrada que había conocido, pero no había modo de que le tuviera respeto. Claro que en el fondo eso le importaba poco a Margaret. Aunque discutían, a ella le gustaba que todo el mundo la considerara una amiga.

—Bueno, no hablemos más —decidió—. Necesito escribir. ¿Me buscas o no me buscas ese papel de cartas?

Los dos hombres que habían estado avanzando millas y millas por la ruta polvorienta, miraron hacia la lejanía.

Se divisaban allí unas cuantas casas color ocre, que parecían la avanzadilla de una ciudad de respetable tamaño. La línea de polvo que había en el horizonte impedía distinguirles bien.

Bannion masculló:

—¿Cuánto tiempo has vivido tú en esta ciudad? —preguntó Bigman.

—Poco. Vine a hacer un «trabajo» y conocí a Margaret. Eso fue todo.

Volvió la cabeza hacia Bigman.

—¿Y tú, desgraciado?

—Yo vine también a hacer un «trabajo».

—Una chapuza, querrás decir.

—Hombre, no tanto. Uno ya tiene su categoría.

—Bah… Eres un simple aprendiz.

—En fin, tú piensa lo que quieras. Lo que iba a decirte es esto: llegué a Elko persiguiendo a un hombre, lo maté y entonces conocí a Margaret.

—Todo un tipazo, ¿eh?

—Sensacional.

—Pues más vale que no sueñes, muchacho, porque no vas a verla ni de lejos.

—¿No, eh? Pues voy a darte una noticia que no te gustará. Hemos acordado casarnos en cuanto yo tenga algo de dinero, para que su padre no se oponga a la boda. A Margaret no le importa, pero es de buena familia. Y eso tiene sus exigencias.

—Hum… Lo mismo ha acordado conmigo.

—Consecuencia: es una fresca.

—Yo creo que deberíamos llegar a un acuerdo.

—¿Plantarla?

—Eso sería lo lógico.

—Pero lo malo es que a mí me gusta, y cuando una mujer me gusta ya no pienso en lo que es razonable y en lo que no lo es.

—En resumen, que no la dejas.

—La dejaría si no supiera quién va a llevársela. Pero me revienta pensar que se la llevará un tipejo como tú.

—Y a mí me ocurre exactamente lo mismo.

—Entonces vamos a continuar como hasta ahora, ¿no? El más listo se lleva el dinero y la chica.

Los dos hombres no se dijeron una palabra más.

Para ellos la cosa estaba bien clara.

Siguieron avanzando a poca velocidad hacia Elko, cuyas casas se hacían visibles más claramente cada vez.

Ya en la ciudad, no tardaron en comprender que habían acertado.

Custer estaba allí.

No sólo lo supieron por las huellas que habían ido siguiendo durante todos aquellos días, sino porque el propio *sheriff* les esperaba a la entrada de la ciudad.

El *sheriff* más modosito que habían conocido nunca. Quieto, tranquilo, muy calladito, aunque con la lengua larga.

Colgaba de una cuerda.

Bannion se pasó el dorso de la mano por la boca, según gesto que era habitual en él.

Un *sheriff* ahorcado quiere decir muchas cosas. Quiere decir que se ha perdido por completo el control de la ciudad. Que no existe ley en ella.

Bigman murmuró:

—Parece que no nos hemos equivocado, ¿eh?

—Cierto… Y parece también algo más.

—¿Qué?

—Esos tipos estarán confiados. Creerán que ya no les persigue nadie y que no corren peligro.

—Pues vamos a quitarles esa confianza, muchacho.

—Adelante.

Y los dos hombres picaron espuelas suavemente.

CAPÍTULO XIV

Elko era una ciudad polvorienta en un territorio polvoriento, como Nevada. Rodeada de soledad, parecía la última ciudad del mundo. Para llegar a ella había que atravesar zonas desiertas, para salir, otro tanto. Así no es extraño que el que ponía los pies en Elko estuviera cansado y procurara pasarse en la ciudad una discreta temporada.

Los hoteles eran buenos. Y había varios.

Custer lo estaba comprobando.

Contando con seis revólveres y el suyo, no había sido difícil exterminar al *sheriff*. Y una vez exterminado el *sheriff*, el trabajo fue para encontrar al ayudante. Porque éste se había largado al otro lado del planeta. Y después de eso ya no quedaba ni asomo de ley en Elko.

Custer había situado a sus hombres estratégicamente en los tres hoteles, de modo que ejercieran un control sobre la gente que entraba y salía de la ciudad.

Prácticamente la tenía en sus manos.

Allí podía pasar una temporada de descanso, mientras se calmaban las cosas.

Y entonces, como era de costumbre, empezó a buscarse una chica que le acompañara en su aburrimiento.

Le habían dicho que la más bonita de la ciudad se llamaba Margaret y era hija de un comerciante bien situado, pero no la había visto aún.

Resolvió conocerla al día siguiente.

No le faltaban métodos para «convencerla».

Y mientras pensaba en eso, tumbado en la cama de la mejor habitación y con un cigarro entre los dientes, dos forasteros

entraron en la ciudad al trote corto.

Los dos sabían lo que se jugaban.

Los dos sabían que acababan de entrar en terreno peligroso y por eso estaban atentos, con todos los músculos en tensión.

De todos modos, la vida en la ciudad parecía normal.

La gente iba de un lado para otro, aunque se notaba que salía a la calle sólo para lo más indispensable y ya no se formaban las habituales tertulias en los porches.

Había también algo más. El Banco estaba cerrado.

Sin duda algún «cliente» que necesitaba mucho dinero lo había dejado ya seco.

Pero, de todos modos, nada ocurría.

Los dos hombres llegaron ante el hotel Palace, que era el mejor de la ciudad.

El dueño estaba detrás del mostrador. Los vio llegar con una mueca de recelo y de desconfianza.

Pensaba que eran dos pistoleros más, y en cierto modo no le faltaba razón.

—Amigo —dijo—, queremos las mejores habitaciones que tenga.

—Hum… Lo siento, pero están ocupadas.

—Pues ¿qué le queda?

—Dos habitaciones vulgares en la parte trasera del hotel.

—Bueno, hombre, bueno… Nos conformaremos con lo que haya.

—No les queda otro remedio.

—Al menos, podremos darnos un baño.

—Eso, sí.

—Con agua bien limpia.

—¡Claro!

—Y un chorro de *whisky* dentro.

—¿Para qué?

—Para perfumarla.

—De acuerdo, les daré lo que piden. Ahora hagan el favor de darme sus nombres.

Bannion esbozó una sonrisa cuadrada.

—El mío se lo dirá… —empezó.

Y de pronto gritó:

—¡Aquél!

El tipo que estaba justamente a sus espaldas, sentando en una

butaca y leyendo el periódico, pareció dar un brinco.

Bannion había disparado una sola vez, con velocidad meteórica, «sacando» y disparando casi al mismo tiempo por debajo del codo.

El periódico pareció deshacerse en el aire. Unas gotas de sangre saltaron al espacio.

El de la butaca resbaló poco a poco hasta el suelo, mientras soltaba lo que quedaba de los pedazos de papel. Un espantoso orificio se había abierto en su pecho. El Colt 45 con el que pensaba disparar por debajo del periódico, cayó también al suelo y produjo allí un «tloc» metálico.

Bigman murmuró:

—Iba a hacerlo yo.

—Cuando las cosas están hechas, siempre resulta que tú también ibas a hacerlas.

—No critiques tanto, hombre… Te vas a hacer viejo antes de tiempo. De todos modos, ha sido un buen disparo.

Bannion se volvió hacia el dueño e hizo sonar la campanilla.

El sonoro «loong» obligó al hombre a dar un saltito.

—Bueno —dijo Bannion—, supongo que ahora una de las habitaciones mejores habrá quedado libre.

El dueño tartamudeó:

—¿Saben… quién… es… ese tipo?

—Quién *era*, querrá decir.

—Bueno, lo importante es que se han metido en un lío gordo. No saldrán de él con la piel entera.

—Va a decirnos que ese pájaro era un pistolero de Custer, ¿no?

—¿Lo sabían?

Bannion no contestó.

Hizo una seña a Bigman y éste se acercó al muerto, levantándolo por las solapas.

—Hum —dijo—. Valdrá unos mil dólares escasos.

—Mil dólares que son míos.

—Está bien, te los cedo. Pero al próximo pájaro lo mato yo.

—Que sea del más listo, muchacho. Aquí matamos todos.

El dueño del hotel les miraba como si sufriera una alucinación.

—Custer tiene… cinco hombres más —barbotó.

—Peor para él. Llorará cinco veces.

—Son… los gatillos más hábiles que he visto.

Bannion lanzó una carcajada.

—¿Gatillos como ése? Bueno, olvídelo. Y ahora enséñenos nuestras habitaciones.

—Con…, con mucho gusto. Síganme, señores.

Les precedió a lo largo de un pasillo donde había diversas puertas, todas cerradas.

Era muy posible que tras alguna de ellas se ocultaran otros hombres de Custer, y por eso Bannion preguntó:

—¿Hay más?

—Si se refiere a aquí, no hay más, señor. Pero en los otros hoteles sí que los hay.

—¿Cinco?

—Cinco y Custer.

—¿Dónde se aloja él?

—En el Florence.

—Es extraño que no lo haga aquí. Éste es el mejor hotel de la ciudad.

—Precisamente por eso Custer no está aquí. Prefiere estar lejos de los sitios donde han de buscarle.

Y abrió una de las puertas.

Era una habitación amplia, con dos grandes ventanas, sin duda una de las mejores del establecimiento.

—Ésta era la habitación amplia, con dos grandes ventanas, sin duda una de las mejores del establecimiento.

—Ésta era la habitación del respetable difunto, señores. Pueden ocuparla si no tienen manías.

—¿Manías nosotros? —rió Bigman—. Dormir en la cama de un muerto da buena suerte.

—Si usted lo dice… Ah, otra cosa. La casa invita. No tendrán ustedes que pagar nada por vivir aquí.

Les hizo una reverencia y les dejó solos.

Bannion escupió al aire, extrajo un cigarro y se lo puso entre los dientes.

Luego repasó su «arsenal».

Un revólver, un cuchillo y un punzón que parecía casi invisible, pero que podía atravesar de un solo golpe el corazón de un buey. Era una auténtica armas de asesino, que él empleaba muy pocas veces, pero con la que no vacilaba en caso necesario.

Mientras exhalaba una bocanada de humo, murmuró:

—Y ahora vamos a repartir el trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—Hay que saber quién liquida a Custer.

—Ese tipo es cosa mía —masculló Bigman.

—Y mía.

—¿Entonces qué vamos a hacer? ¿Partirnos otra vez la cara?

—No. Será mejor que nos hagamos un plan.

Bannion exhaló otra bocanada de humo.

—En primer lugar, ¿sabrán ya que estamos aquí?

—No creo.

—¿Y el disparo de antes? Les habrá llamado la atención.

—Bah… No se habrán dado ni cuenta.

—Sí, claro —suspiró Bannion.

Y movió otra vez el brazo derecho con un gesto centelleante.

El fogonazo pareció surgir de entre sus mismos dedos. La bala atravesó el cristal de una de las ventanas.

Lo curioso fue que esta vez Bigman hizo lo mismo.

Los dos hombres se habían movido a la vez. Sus gestos fueron prácticamente instantáneos.

El hombre que se disponía a disparar desde allí, agazapándose, recibió los dos impactos en la cabeza. Cayó hacia atrás, lanzando un chillido, pero la verdad fue que ni siquiera se dio cuenta de que moría.

Bigman murmuró:

—Le he dado yo.

—Y yo.

—Bueno, tal vez le hayamos dado los dos… Han sido unos buenos disparos.

—Sí —reconoció Bigman.

—¿Y por qué no me has avisado?

—No hacía falta. Le hubiera atizado de todos modos. Y esta vez el pájaro me tocaba a mí.

Bannion no contestó.

Se acercó a la ventana y miró el cadáver a través de los cristales destrozados. Conocía a aquel hombre. Lo había visto un par de veces en compañía de Custer.

—Eso indica una cosa —murmuró—. Están sobre la pista

nuestra. Saben que hemos llegado a Elko.

—Pero a Custer sólo le quedan cuatro hombres.

—Los suficientes para tendernos una emboscada, si tenemos un descuido. Esta vez no huirán de aquí. Esta vez saben que tendrán que matar o morir. O Custer o nosotros. Ése es el dilema que va a debatirse en Elko.

—En eso estamos de acuerdo, Bannion. ¿Qué plan tienes?

—Hay que tender una emboscada a Custer. No podemos dejarle que reaccione.

—¿Y qué clase de emboscada?

—Hay una que con Custer no falla nunca.

—¿Una mujer?

—Exacto.

—Pero necesitamos una mujer bonita y que además quiera arriesgarse —murmuró Bigman—. No será posible.

—Tienes razón… Pero entonces hay un segundo procedimiento: Entrar en su guarida, en el hotel Florence.

—¿Y cómo?

—No lo sé… Debe haber un sistema.

—Sus hombres se habrán parapetado en la puerta. Convertirán aquello en una fortaleza. No permitirán que se acerque nadie.

—Pero debe haber un procedimiento… —y de pronto Bannion produjo un chasquido con sus nudillos—. ¡Ya está!

—¿Qué has pensado?

—En el hotel hay dos muertos, ¿no?

—Sí. Ése… y el del vestíbulo.

—Pues Custer recibirá dos ataúdes.

—¿Llevando dentro dos muertos?

—No. Dos vivos.

—¿Nosotros?

—Es el modo de entrar en la guarida de esos granujas. Luego ya nos las compondremos.

Dicho y hecho. Bannion sacó medio cuerpo por la ventana y entró el cadáver en la habitación.

Entre los dos lo llevaron al vestíbulo, donde estaba el otro fiambre. El dueño del hotel palideció al oír lo que le proponía Bannion.

—¿Dicen que avise al de la funeraria? ¿Y que en los ataúdes irán

ustedes dos?

—Eso es justamente lo que tratamos de hacer, amigo.

—Pero Custer no querrá que esos ataúdes entren en el hotel Florence… A él le importan muy poco sus pistoleros muertos. ¡No querrá ni verlos!

—Puede que esta vez sí que quiera. En todo caso, si nos quedamos fuera nada se perderá.

—¿Y si lo descubre cuando estén dentro?

—Entonces habrá una buena ensalada de tiros —dijo Bannion—. Es lo que estamos buscando. ¿A qué demonios cree que hemos venido a Elko?

CAPÍTULO XVI

Los dos ataúdes estaban encima de un carromato pintado de negro. El carromato pintado de negro iba tirado por un caballo también negro, al que guiaba un hombre también vestido de negro, pero con la cara espantosamente blanca.

El dueño de la funeraria se decía una y mil veces que no tenía que haber aceptado aquel trabajo.

Los hombres de Custer eran capaces de matarlo sin mediar una palabra, en cuanto se acercara al hotel Florence.

Pero le habían pagado muy bien por hacer aquello y estaba dispuesto a correr el riesgo.

El hotel Florence formaba esquina en la calle principal.

Por esa circunstancia era muy fácil de defender ya que desde sus ventanas se cubría una amplia extensión de terreno. Y el edificio era de piedra, lo que lo convertía fácilmente en una fortaleza.

Custer y sus cuatro hombres se habían situado en los lugares más estratégicos.

Podía decirse que se hallaban acorralados, pero al mismo tiempo resultaban invulnerables.

Vieron acercarse el carromato con los dos ataúdes.

Los ojos de Custer se entrecerraron. Pero su rostro siguió, por lo demás, tan inexpresivo como siempre, mientras alzaba el rifle poco a poco.

El dueño de la funeraria temió que le volaran la cabeza.

Pero gritó:

—¡Eh, Custer!

—¿Qué infiernos te pasa?

—Dos de tus hombres han muerto. A los dos los han liquidado en el hotel Palace.

—Lo sé.
—Te traigo sus cadáveres.
—¿Y para qué los quiero?
—He pensado que quizá querrías despedirte de ellos. Claro que eso a mí me importa poco. Sólo he venido porque el dueño del Palace me paga para que te los traiga.
—Está bien, acércate.
El otro se puso a temblar.
Sabía ya que Custer mataba cuando parecía que iba a darle facilidades a uno.
Pero nada ocurrió.
El carromato se detuvo.
Estaba junto al porche, a cinco pasos de los rifles que apuntaban cuidadosamente.
—Éntralos —dijo Custer.
—Yo solo no puedo.
—Uno de mis hombres te ayudará.
Hizo una seña, y uno de sus pistoleros soltó el arma y ayudó al de la funeraria a transportar los dos ataúdes. Éstos pesaban como si en lugar de contener un muerto contuvieran una estatua de plomo.
Fueron colocados en el vestíbulo del hotel.
El de la funeraria, que no había tenido más remedio que entrar, temblaba como una hoja en una noche de tormenta.
«Ahora me mata —pensaba—. Ahora voy a ser yo el tercer muerto…».
Pero en lugar de eso, Custer le largó al vuelo una moneda de a cinco dólares.
—Toma. Y ahora lárgate.
El tipo la alcanzó.
—Gracias, señor Custer.
—Fuera.
—No faltaba más, señor Custer.
El tipo se largó con más velocidad que si le hubieran crecido alas.
Los dos ataúdes seguían quietos en el centro del espacioso vestíbulo, sin haber sido abiertos.
Custer había vuelto a entrecerrar los ojos.
Sus hombres habían descuidado la vigilancia. Miraban todos

como obsesionados aquellas fúnebres cajas. Custer susurró:

—Muy bien… Muy bien… Perfecto.

Sacó el revólver. Aquello pareció una señal para que sus cuatro hombres alzaran también los rifles.

Apuntaron a los ataúdes.

Y entonces Custer gritó:

—¡Fuego!…

CAPÍTULO XVII

Fueron cinco hombres los que dispararon a la vez. Y una verdadera granizada de plomo cayó sobre los dos ataúdes.

Éstos fueron convertidos en auténticas cribas.

Custer sonrió malévolamente, mientras soplaba en el cañón de su Colt.

Los pistoleros habían dejado de disparar.

—Creían que iban a engañarme —masculló Custer—. Esos dos imbéciles pensaban que era sencillo… Muy bien, lo que lamento es que desde el otro mundo no puedan darse cuenta de lo que me estoy divirtiendo.

Uno de los pistoleros dejó de mirar los ataúdes para volver la cabeza hacia él.

—Custer, ¿cómo lo averiguaste?

—Uno de los criados del hotel Palace es confidente mío. Ha escuchado el plan de esos dos imbéciles.

—¿Y cómo se ha comunicado contigo?

—Haciéndome señas desde una ventana. El entiende el lenguaje de los mudos, y yo también.

—Nunca creí que fuera tan fácil acabar con esos dos —masculló el pistolero—. Había llegado a tenerles miedo.

—Pues ya no tienes que pensar más en ellos.

Hizo un gesto de desdén y dijo a sus hombres:

—¡Abrid los ataúdes!

Los cuatro a la vez se precipitaron sobre aquellas siniestras cajas convertidas en coladores.

Las abrieron de golpe.

Y se encontraron, en efecto, con dos muertos. Dos muertos a consecuencia de heridas de bala, como ellos habían esperado.

Sólo que no eran Bannion y Bigman.

Eran los dos granujas de Custer, los dos que habían muerto en el hotel Florence.

Lo que había dicho el empresario de pompas fúnebres era verdad. ¡Traía a los dos muertos!

Custer palideció mortalmente.

¿Qué infiernos significaba aquello?

¿Quién le había engañado?

Y entonces fue cuando oyó aquella voz en lo alto de las escaleras del hotel.

Aquella voz conocida que gritaba:

—¡Muy bien, Custer, ya nos tienes aquí! ¡Y no mires con tanta envidia los ataúdes! ¡Aún podrás utilizar el que más te guste!

Custer creía estar sufriendo una alucinación.

¡Aquellos dos tipos estaban allí, en lo alto de las escaleras! ¡No era posible!

¿Por dónde diablos habían entrado?

Y entonces se dio cuenta de que tenía allí, embobados, a todos sus hombres. Cuando los reunió para disparar sobre los féretros, no pensó que descuidaban la vigilancia. Sólo unos minutos habían estado así, pero los suficientes para que dos hombres decididos, como Bannion y Bigman, treparan por la fachada hasta el primer piso.

Custer se dio cuenta de lo que aquello significaba.

Le habían cazado como a una rata. Era el fin.

Pero la desesperación da nuevas energías, y él no fue una excepción. Actuó maquinalmente, sin pensarlo. E hizo fuego dos veces con el revólver que conservaba en la derecha.

Sólo su precipitación le impidió hacer blanco en aquellos dos hombres que se exhibían con tanta confianza. Las balas mordieron los peldaños, a los pies de Bannion.

Éste no se estuvo quieto.

Saltó por un lado de las escaleras, hacia la sala que había al final del vestíbulo.

Bigman no se movió con tanta rapidez. Hizo fuego desde arriba, pero también con demasiada precipitación. No alcanzó a ninguno de aquellos pistoleros, que se habían movido con la mayor rapidez.

Por unos instantes la situación pareció estabilizada. Ni Custer ni

sus enemigos habían logrado el objetivo propuesto.

Claro que Bannion y su compañero lo habían logrado en parte. Estaban dentro del hotel y sin haberse despeinado siquiera.

Bannion se había parapetado tras una de las butacas.

Disparó desde allí. Y uno de los pistoleros, que se dirigía ya a la puerta para huir, frenó su carrera en seco.

Dio luego una voltereta y quedó tendido en el umbral, con la nuca atravesada.

Los otros tres se parapetaron como pudieron.

Custer había corrido hacia uno de los pasillos que llevaban a las habitaciones de la planta baja. Sólo pensaba en ocultarse; la suerte que pudieran correr sus hombres le tenía sin cuidado.

Bigman también se habían lanzado escaleras abajo.

Durante varios minutos hubo un nutrido tiroteo en el vestíbulo, entre hombres que no se veían, mientras Custer se refugiaba en una de las habitaciones. Los ataúdes recibieron tantas balas que hasta los goznes de las tapas saltaron. Las lámparas, que afortunadamente no estaban encendidas, volaron por los aires.

Bannion comprendió que así no llegarían a ninguna parte.

La batalla podía durar toda la mañana y, mientras tanto, Custer tendría posibilidades de huir.

De modo que se lanzó al ataque.

CAPÍTULO XVIII

Hasta entonces había ido desplazándose de una butaca a otra, mediante saltos de gamo que desorientaban a sus enemigos, pero eso no le dio resultado. Los pistoleros de Custer también eran hábiles y también se sabían cubrir.

Ahora Bannion cambió la táctica. Corrió hacia la escalera.

Dio la sensación de que huía.

Uno de los pistoleros alzó la cabeza para apuntarle, pero Bigman no esperaba otra cosa. Los dos compañeros se habían entendido sin palabras y sin miradas. Estaba claro para los dos que si Bannion se arriesgaba era para que Bigman aprovechara la ocasión.

El pistolero que había alzado la cabeza la volvió a bajar.

Demasiado deprisa.

La bala le había penetrado por uno de los pómulos, llegando hasta el cerebro. El pistolero ya no se volvió a levantar.

Pero los otros disparaban rabiosamente.

Varias balas mordieron los peldaños, a los pies de Bannion. Éste dio un auténtico salto de pantera, cayendo de nuevo a la sala. Una butaca le protegió momentáneamente, aunque enseguida fue perforada por las balas.

La situación se había decantado ahora a favor de los cazadores de hombres.

Tenían sólo a tres enemigos enfrente, ya que Custer no se atrevía a participar en la lucha.

Bannion saltó hacia una de las columnas, ya medio comida por las balas, y se parapetó tras ella.

Bigman estaba en situación apurada.

Los tres hombres le habían ido envolviendo en una especie de semicírculo y le tiroteaban desde todas las partes.

Lo peor era que Bannion estaba agotando sus balas, y suponía que a Bigman le ocurría igual.

Al pasar los dedos por el cinturón-canana, comprobó que ya quedaban muy pocos plomos en él.

Igual le debía ocurrir a Bigman, porque éste tiraba cada vez menos.

Y mientras tanto, Custer habría podido huir.

Nada conseguirían si no liquidaban al jefe de la banda.

Bannion decidió emplear otra treta.

Las balas habían destrozado los muebles, haciendo que cayeran al suelo diversas repisas, en una de las cuales había botellas. Parte de ellas se habían roto, pero otras estaban enteras. Los ojos de Bannion se clavaron en una que debía contener ginebra —a juzgar por la transparencia del líquido, parecido al agua—, pero que no llevaba etiqueta.

Contando con el nerviosismo de sus enemigos, la lanzó por los aires.

—¡Cuidado, Bigman! ¡Nitroglicerina!

De los tres pistoleros que ahora tenían enfrente, dos se dieron cuenta de que aquello podía ser un truco. Pero el tercero no. El tercero pensó que aquello era «nitro» realmente, y que iba a saltar en pedazos. Brincó hacia una de las ventanas, aterrorizado, abandonando su refugio.

A mitad del camino pareció detenerse.

La bala y él se habían cruzado en el punto exacto que Bannion determinó de antemano. El pistolero no llegó a salir por la ventana. Quedó doblado en el alféizar sin moverse ya más.

Bannion se mordió el labio inferior.

Las cosas seguían marchando bien. Ahora, al menos, habían igualado la pelea. Eran dos contra dos. Pero le sacaba de quicio pensar que el tiempo transcurría y que a cada minuto aumentaban las posibilidades de Custer para largarse de la ciudad.

Dirigió una ojeada a la puerta y hacia las ventanas más próximas.

Si pudiera salir por allí, para cuidarse de Custer, dejando a Bigman con los dos pistoleros.

Pero resultaba inútil intentarlo.

Le balearían antes de que se moviera.

Ya no sabía qué treta usar, de modo que aquello podía seguir prolongándose durante mucho tiempo. Y de pronto tuvo una idea.

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Era la alfombra.

Una larga alfombra roja llegaba desde la puerta hasta el sitio en que hallaba él, pasando justamente por debajo del lugar en que se cobijaba uno de los pistoleros.

Bannion sonrió secamente.

Sacó de su refugio la mano izquierda y empezó a tirar de la alfombra hacia sí.

Hacía falta una fuerza hercúlea para conseguir aquello, pero él lo fue logrando.

Atraía la alfombra poco a poco.

El pistolero notó que era atraído también.

Cierto que podía salirse de la alfombra, pero en cambio caía así bajo la enfilada del revólver de Bigman, que seguía con creciente interés aquel movimiento.

Entonces empezó a tirar contra el brazo de Bannion.

Pero un brazo resulta difícil de alcanzar, sobre todo si no está quieto. Para apuntarle bien, el pistolero necesitaba asomar la cabeza, y eso era lo que no podía hacer, porque Bigman se encargaría de acabar con él si se asomaba demasiado.

Mientras tanto, la alfombra iba deslizándose.

A Bannion ya le dolía medio cuerpo a causa del esfuerzo, pero seguía.

Palmo a palmo, el pistolero se iba acercando a la muerte.

Sabía que en cuanto dejara de protegerle la butaca, cuyos enormes cojines ahogaban la furia de las balas, caería atravesado por ellas.

Y la butaca ya casi no le protegía.

Bannion iba viéndole cada vez más, y unos minutos más tarde podría disparar contra él desde el flanco.

Eso le hizo perder la poca serenidad que le quedaba.

Saltó lanzando un grito rabioso, mientras trataba de cubrirse con una verdadera cortina de balas.

Bannion ya esperaba aquello, de modo que no se inmutó. Alzó el brazo derecho e hizo dos disparos solamente.

El forajido pareció haber chocado con una pared de vidrio. Se

inmovilizó. Sus brazos se alzaron al cielo y soltó el revólver.

Cayó apenas a dos pasos de Bannion.

Éste suspiró hondamente, porque se dio cuenta de que estaba muerto. Ya no había ni que pensar en el peligro que representaba el otro pistolero. Eran dos contra él, y además estaría aterrorizado.

Bannion gritó:

—Bueno, muchacho, quizá te convendrá rendirte.

El otro no contestó.

—Tienes cinco segundos, amigo. Aprovéchalos si es que quieres seguir viviendo. Si cuando hayan transcurrido no contestas, iremos a por ti.

El forajido gritó:

—¡De acuerdo! Voy a rendirme. ¡Pero con una condición!

—Habla.

—Tenéis que respetarme la vida.

Bigman miró a Bannion, como consultándole, y el cazador de hombres hizo un gesto negativo.

—No es cuestión nuestra, muchacho. Te entregaremos al *sheriff* y serás juzgado. Si te salvas, mejor para ti. Si te condenan, rezaremos por tu alma.

—No me conviene el trato.

—De acuerdo, muchacho, pues entonces eres tú el que debe empezar a rezar…

Y los dos cazadores de hombres salieron a la descubierta, disparando uno por cada lado.

Sobre el forajido cayó una verdadera tempestad de plomo. El pesado mueble de gruesa madera tras el que estaba protegido, empezó a saltar hecho astillas. El forajido se dio cuenta de que no tenía la menor probabilidad de sobrevivir.

—¡No tiréis! —gritó—. ¡Voy a soltar el revólver! ¡No tiréis!

Los dos hombres dejaron de apretar los gatillos.

El pistolero salió, blanco como un muerto. Soltó el Colt que aún sostenía entre sus dedos.

Bannion murmuró:

—Las manos sobre la cabeza, amigo.

El otro iba a obedecer cuando de repente una bala le voló la tapa de los sesos.

Durante unos terribles segundos Bannion quedó paralizado, sin

saber reaccionar. Creyó que el que había disparado era Bigman, cosa inconcebible, porque no creía a Bigman capaz de matar a un prisionero. Pero dejó de pensar en eso cuando una bala le acarició la frente.

¡Tiraban desde arriba!

¡Había otro enemigo en el piso superior!

Los dos hombres se arrojaron al suelo mientras Bigman aullaba:

—¡Custer!

En efecto, Custer debía haber salido del hotel y entrado por otra ventana, llegando hasta el piso superior. Ahora, en cierto modo, los tenía bajo su fuego. Los dos habían sido atrapados por sorpresa.

Tuvieron que parapetarse como pudieron, incluso detrás de los muertos.

Custer disparaba como un loco.

Estaba rabioso y acababa de disparar contra uno de sus hombres por el simple delito de haberse rendido. Custer no había sido nunca un hombre, pero ahora era una auténtica fiera.

Desde abajo, Bannion y Bigman también dispararon contra él.

Custer estaba demasiado al descubierto y no podía seguir así. Saltó hacia arriba, subiendo precipitadamente.

Un enjambre de moscardones de plomo le siguió.

Bannion aulló:

—¡Arriba…!

Los dos se precipitaron como perros de caza detrás de su presa. Los revólveres quemaban en sus manos. Ya no les quedaban más balas que las que había en sus cilindros, pero eran suficientes para matar a aquella hiena.

Bannion hizo un gesto a su amigo.

—Quieto, muchacho.

—¿Qué pasa?

—Tú vigila aquí, no sea que Custer emplee la treta de volver a entrar. Yo seguiré tras él.

—Quieres matarlo tú solo, ¿eh?

—No podemos ir los dos, arriesgándonos a que nos liquide uno tras otro. Pero te juro que no es ahora el dinero lo que me importa. Te lo daré todo a ti.

Bigman sonrió levemente.

—Qué desinteresado te has vuelto, muchacho.

—Bigman, es un caso especial. Juré una noche que lo mataría aunque fuera sin cobrar un níquel.

Bigman asintió.

Sabía que Bannion no era de los que mienten.

—A por él, chico —se limitó a decir.

Bannion continuó subiendo.

Había perdido de vista a Custer, pero por el estrépito que armaba al huir, sabía dónde estaba aproximadamente. Unas gastadas escaleras de madera subían hasta el tejado, que tenía una doble vertiente. El granuja había subido por allí.

Bannion le siguió.

Pero lo hizo poco a poco, sin prisas, esperando que Custer perdiera el escaso control que ya le quedaba sobre sus nervios.

Se despojó del cinto-canana, donde ya no le quedaban balas.

Una trampilla estaba al final de las escaleras, y por ella se salía al tejado. A través del rectángulo penetraba a raudales la luz del sol.

Bannion contuvo la respiración.

Y arrojó el cinturón-canana por el hueco.

Custer, que debía estar con todos los nervios en tensión y con el gatillo a punto, no pudo evitar el disparo. La bala atravesó inútilmente el cinto-canana y reveló a Bannion la posición exacta de su enemigo.

Sonrió secamente.

Había un buen sistema para sacarlo de allí.

En aquella parte, que era una auténtica buhardilla, el tejado tenía muy poco grosor, de modo que una bala podía atravesarlo.

Bannion sabía exactamente dónde estaba Custer.

De modo que apuntó cuidadosamente y apretó el gatillo.

Y si la bala no atravesó por debajo de Custer y acabó con él fue por verdadera casualidad. Le rozó materialmente la entrepierna y luego la nariz. Custer sufrió el más brutal calambre que había sufrido en todos los días de su vida.

Comprendió que no podía seguir allí.

Y se dejó resbalar materialmente por el tejado, hasta llegar al borde de éste.

Abajo estaba la calle.

La calle desierta, hostil, de una ciudad que él había llegado a

dominar por unos días.

Sabía el peligro que corría. Si se estaba allí quieto, aquel maldito Bannion vendría a por él. Si se dejaba caer a la calle y se fracturaba un tobillo, de modo que le fuera imposible correr, docenas de personas caerían sobre él y le lincharían.

Pero estaba vivo, y mientras estuviese vivo lucharía.

Se dejó caer, lanzando un grito.

Bannion asomaba en aquel momento por el hueco. Vio la maniobra y disparó, pero ya no pudo alcanzar a su enemigo.

Custer había caído a la calle.

Y había caído bien.

No era la primera vez que salía de situaciones desesperadas, de modo que no perdió la serenidad del todo. Había visto en un porche algo que le permitiría salvarse. Aquello en lo que estaba su última esperanza.

Corrió hacia allí.

Mientras tanto, Bannion había aparecido en el borde del tejado.

Sus facciones reflejaban rabia, reflejaban deseos de matar.

—¡Custer!

Y disparó de nuevo, pero sólo le rozó las botas.

Y un segundo después comprendió que ya no podría disparar.

Porque Custer acababa de alcanzar lo que andaba buscando: su tabla de salvación. Porque el cobarde acababa de parapetarse tras una mujer.

—¡Ríndete, Bannion! —aulló—. ¡Ríndete o la mato a ella!

No pudo darse exacta cuenta de la tremenda impresión que aquellas palabras habían causado en Bannion. Porque Bannion conocía a aquella mujer.

Con un soplo de voz, el joven susurró:

—Margaret…

En efecto, sin saberlo, Custer acababa de amenazar a la única mujer por la que Bannion estaba dispuesto a dar la vida. Una mujer que en realidad había sido la causa de que lo persiguiera desde Denver hasta Carson City y Elko, deseando ganar lo que ofrecían por la cabeza del granuja.

Bannion tragó saliva bruscamente.

Y nunca la saliva le había sabido tan amarga como entonces.

Sabía que Custer cumpliría su amenaza si él no se entregaba.

En el borde del tejado como estaba, y recortándose a la luz del sol, constituía un blanco perfecto para Custer.

Pero no tenía más remedio que obedecerle. De modo que dejó caer su revólver.

Éste levantó una nubecilla de polvo al llegar a la calle. Bannion alzó los brazos un poco.

—Suelta a la chica, Custer —masculló—. Suéltala y huye.

Se oyó en la calle la risa áspera de Custer.

—Muy bien —dijo—. Huiré. Claro que huiré… Pero después de haber hecho… ¡esto!

Y soltó a la muchacha, alzando el revólver.

Apuntaba con él a Bannion, que seguía siendo un blanco perfecto.

Bannion sabía que no podía moverse.

Y en ese momento una bala rasgó el aire, produciendo un sordo «cloop» al encontrar en su camino la cabeza de Custer.

El forajido alzó los brazos y cayó con la boca abierta, por la que escapó un chorro de sangre.

Aún recibió otras dos balas, mientras caía a tierra.

Pero ya no era necesario. Aquello constituía una simple propina. Custer estaba muerto desde la primera bala.

Bigman sopló en el cañón del revólver.

Había disparado desde el porche del hotel. Y sonrió cuando Bannion se lanzó desde el tejado al suelo, cayendo junto a él.

—Buen salto —elogió.

—Y buen disparo —dijo Bannion.

—¿Ya no pensabas en mí?

—Con franqueza, no. Pensaba que te habías desorientado unos instantes, y eso bastaba para que no llegases a tiempo.

—Yo no me despisto nunca, amigo. Sé ganarme la vida igual que tú.

Bannion sonrió tristemente.

—Pero has cometido un error, Bigman.

—¿Cuál?

—Has disparado a destiempo.

—No te entiendo.

—Tenías que haber matado a Custer un segundo después que él me hubiera matado a mí. De ese modo te hubieras quedado con el

dinero…, y con la chica.

Bigman no contestó en el primer momento.

Se limitó a encogerse de hombros con una estrecha sonrisa, y al cabo de unos instantes confesó:

—¿Sabes, muchacho? Tú quizá creerás que siempre he obrado por cálculo, pero no es así. También tengo mi corazoncito. Y si he de decirte la verdad, ya he pensado antes en lo que acabas de decir tú.

—Entonces, ¿por qué no has obrado en consecuencia?

—Porque no me resultas antipático del todo.

Los ojos de Bannion se enturbiaron un momento. Por primera vez en muchos años pareció sentir algo desacostumbrado, algo así como un asomo de emoción o de ternura.

—Bigman —susurró—, he tomado una decisión. Tú te has ganado el premio mejor que yo. Eres un muchacho que no mereces perder. Por lo tanto, puedes cobrar lo que pagan por Custer y por su orquesta de granujas. Puedes quedarte también con Margaret. Desgraciadamente no se ha inventado un sistema para que ella se case con los dos y no engañe a ninguno.

Bigman murmuró:

—No acepto lo del dinero, pero sí lo de Margaret. Estoy sinceramente enamorado de ella.

—Entonces, ¿a qué esperas para ir a abrazarla?

—¿Y por qué tanta prisa?

—Hombre, la tienes delante…

Bigman arqueó una ceja.

—¿Delante?

—¿Pero te has vuelto loco o qué? ¡Allí está Margaret!

—Chico, no sé lo que querrás decir, pero yo a ésa no la conozco.

Bigman se pasó una mano por los ojos.

—¿Es que… estamos borrachos los dos?

Pero si lo estaban o no, fue algo que no pudieron averiguar en aquel momento. Porque Margaret corrió ansiosamente y se echó en brazos de Bannion, mientras susurraba:

—¡Dios mío! Al fin has venido… Al fin…

Bannion la estrechó en sus brazos. La estrechó con tanta ansia que por un momento llegó a olvidarse de todo lo que había sucedido. Pero al cabo de unos instantes una lucecita pareció

encenderse y apagarse en su cráneo un par de veces.

—Margaret… —susurró.

—¿Qué, cariño?

—Quiero preguntarte algo.

—Pregunta lo que quieras, amor.

Señaló a Bigman.

—¿Tú conoces a este granuja?

—¿Yo? ¿A éste? ¿Conocerle? ¿Por qué?

—Tengo la sospecha de que ibas a casarte con él.

—¿Estás loco?

—La Margaret que yo conozco es distinta —terció Bigman—, aunque tiene un tipo tan espléndido como ella.

—Y… y… —la verdadera Margaret hizo un mohín malicioso—, ¿suele llevar el cabello peinado en una larga trenza?

—Pues…, pues sí.

—¿Le escribe con papel que lleva impreso su nombre?

—Pues…, pues sí.

—Y cuando estuvieron juntos aquí, ¿le recibió alguna vez en su casa?

—Ahora que lo dice… Es curioso. No, nunca.

—No lo ha recibido en su casa porque no la tiene —murmuró Margaret—. Ahora lo empiezo a entender todo. Y si quiere conocer a su novia, venga conmigo…

Una semana después había un letrero colgado en la puerta de la casa de Margaret, justo el día en que ésta se disponía a ir a la iglesia para casarse con Bannion.

El letrero decía:

SE NECESITA DONCELLA
MUY BIEN EDUCADA
CONDICIONES: DEBE SER VIEJA Y FEA
LA OTRA SE CASÓ

Cuando Margaret salió para la iglesia, vestida de novia, dejó el letrero allí.

Educada, pero vieja y fea. Claro que sí.

¡Qué diablos, ella quería vivir tranquila!

Bannion, camino de la iglesia, pasó por allí unos instantes después. Y tachó una parte del cartel y escribió algo. Cuando él se alejó, el anuncio estaba redactado así:

«NADA DE VIEJA Y FEA. RUBIA Y ESTUPENDA»

Menos mal que salieron de viaje de novios y Margaret no lo vio hasta una semana más tarde.

FIN